



EPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 31. — Madrid 5 de Noviembre de 1885.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por X.—*Carta de Roma*, por D. J. M.—*Los grabados*.—*Excursión á la sierra del Alto-Rey* (conclusión), por D. Manuel Pérez Villamil.—*Guerra sin cuartel*, novela original de D. Ceferino Suárez Bravo, por D. Valentin Gómez.—*Restauración de San Francisco el Grande*.—*El arte cristiano en las Catacumbas*, por A. Pellissier.—*La conversión de un artista*.—*La compañera de Santa Teresa*.—*La leyenda de San Brandán*, por P. G.—*Anuncios*.—*Miscelánea*.—*Correo*.
GRABADOS.—*Iglesia de Montmartre*.—*Los funerales de un mártir en las Catacumbas de Roma*.—*La huérfana mendigando la caridad*.—*Un canal de Venecia en la Edad Media*.

LA DECENA

EMPECE mi anterior revista cantando el *Te Deum*. Hoy tengo que empezar la presente entonando el *De profundis*.

Entonces había que conmemorar la alegría de los vivos, dando gracias á Dios porque no habían pasado á la categoría de difuntos. Hoy es preciso conmemorar á los difuntos, á quienes tan mal hemos tratado en este mundo cuando pertenecían á la categoría de los vivos.

¡Ah! Si los difuntos no tuvieran bastante que hacer con pedir á Dios, desde el Purgatorio, la remisión de sus culpas y el perdón de los que en vida les ofendieron, cómo se reirían de los vivos, al ver la seriedad con que aparentan compadecer la suerte de los muertos!

Y si el asunto lo permitiera cómo me reiría yo de la soberbia y de la vanidad de los vivos en sus procedimientos para honrar la memoria de los difuntos!

No parece sino que estamos tan sobrados de honra, que podemos prodigarla en beneficio de los que ya, por fortuna suya, no la necesitan, porque han alcanzado la mayor á que puede aspirar la criatura: volver al seno de su Criador.

Ahora, si esa honra, puramente mundana, se la damos en indemnización de la que tal vez les hemos quitado cuando vivos, en ese caso nada tengo que decir.

La conmemoración de los fieles difuntos, esa solemnidad estatuida por la Iglesia con fines tan elevados como todos los suyos, se ha convertido en nuestros tiempos, para la generalidad de las gentes, en una romería á los cementerios; en una fiesta popular; en una exhibición de lujo aparatoso; en un espectáculo público gratuito, en una competencia de vanidad y una puja de ostentación, en que entran por muy poco la piedad, el fervor, el sentimiento y la humildad cristiana.

No soy mogigato ni me tengo por más religioso que cualquier otro, pero confieso que me inspira una gran repugnancia, una repulsión profunda y un desdén inmenso esa especie de *Danza macabra* en que se agita la multitud de los vivos sobre la alfombra cineraria de los muertos.

Cuando veo discurrir entre las sencillas losas sepulcrales, entre los mausoleos de jaspe alzados por la vanidad, entre las modestas cruces de madera clavadas en la removida tierra esa masa de gente bulliciosa, locuaz, dicharachera, curiosa ó indiferente, que acude al Campo-Santo la víspera del día de difuntos á pasar el rato, entreteniéndose en recorrer las sepulturas para admirar los pretenciosos adornos de las unas, criticar el mal gusto de las otras, comentar con chistes de brocha gorda algunas inscripciones, y convertir en objeto de diversión la visita á los muertos; cuando veo hormigear ese bullicioso concurso, siento frío en el corazón.

Cierro los ojos de la cara y hundo los del pensamiento á cuatro ó cinco pies de profundidad, y por una fascinación de óptica, veo debajo lo mismo que he visto encima: lodo, podredumbre, miseria, fealdad...

Debajo un cadáver físico sobre el cual pasea y rebulle un ejército de gusanos.

Encima un ejército de gusanos que rebulle y pasea sobre el cadáver moral de la sociedad cristiana...

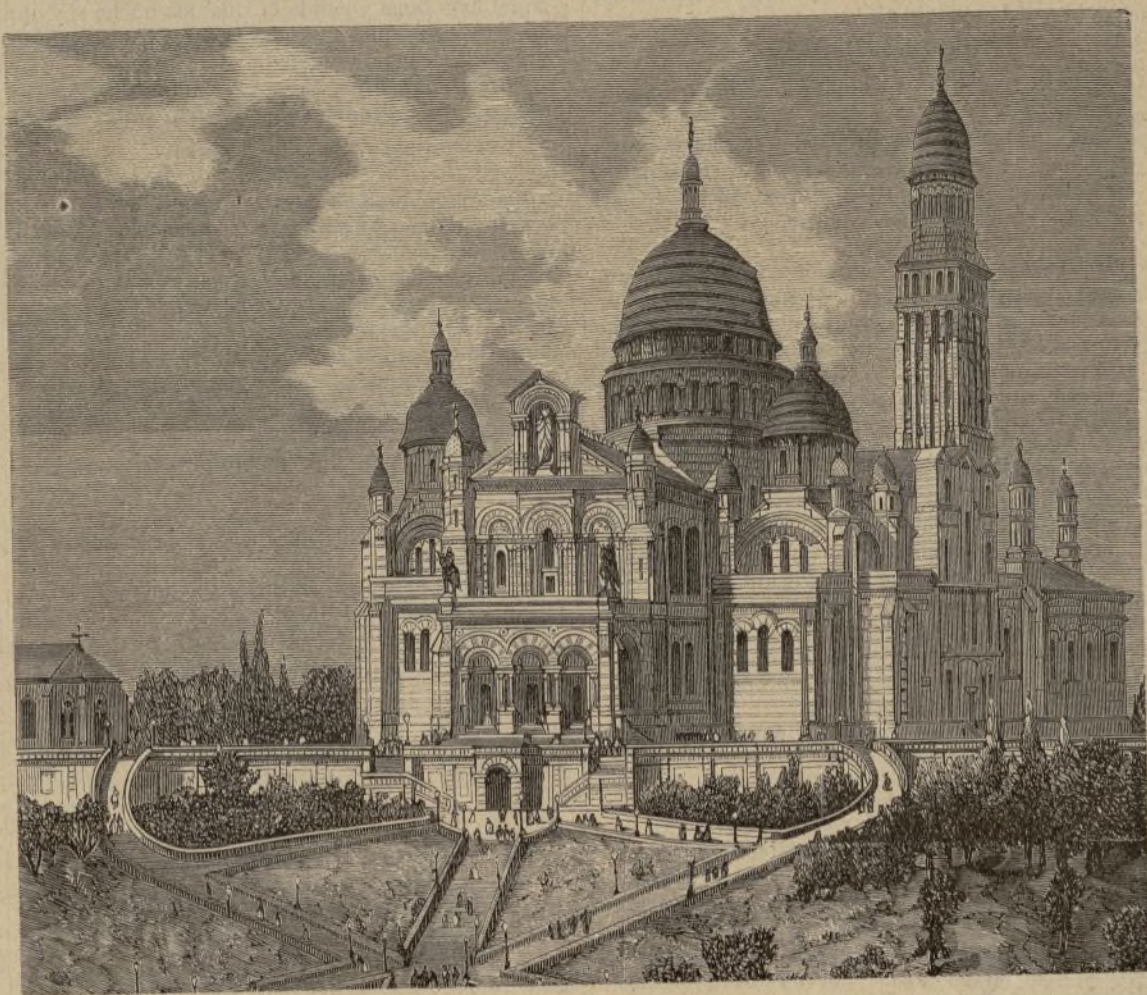
No quiero continuar en esta repugnante faena de diseccionar cadáveres. Huyo de este cementerio de vi-

vos y de muertos; pero durante mi huida, levanto instintivamente la mirada á lo alto y aplico el oído, creyendo escuchar allá, detrás de las pardas nubes que encapotan el horizonte, una formidable voz que clama: ¡DIES IRAE!

Esta frase, que suena en los oídos del creyente con eco tan pavoroso como el de la trompeta del juicio final; que parece una onomatopeya para expresar el zumbido que produce, al blandirse en los aires, la espada de la justicia de Dios, arranca mi pensamiento de la estrecha cárcel del presente y le transporta quinientos años atrás, á la época en que sonó por vez primera ese *Dies irae*, esa nota inicial de uno de los más bellos cantos elegíacos que ha producido la inspiración poética cristiana.

También, como el sublime cántico de los vivos *Te Deum laudamus*, se ha atribuido el *Dies irae*, cántico no menos sublime de los muertos, á diversos autores: San Gregorio el Grande, San Bernardo, Humberto, Frangipani y varios otros.

También tiene éste como aquél su piadosa leyenda, y quiero contarla en breves palabras, por si al-



IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS DE MONTMARTRE EN PARÍS (en construcción).

guno de mis lectores no la conoce ó la ha olvidado. Es una historia lúgubre, como el asunto que la sirve de base:

Numerosa muchedumbre formaba triste comitiva á un grupo que avanzaba lentamente por las calles de una ciudad, cuyo nombre ha olvidado el cronista. Este grupo estaba formado por un hombre que vestía la túnica del reo condenado á muerte y varios sacerdotes que le auxiliaban en tan terribles momentos. De pronto, el reo empezó á recitar con voz lúgubre y solemne el cántico de que voy hablando y que él mismo había compuesto durante su prisión, escribiéndole en las paredes de su calabozo. El canto y la letra de esta fúnebre poesía produjeron una emoción vivísima y un terror religioso, no sólo en la multitud, sino en los sacerdotes y hasta en los mismos verdugos, que no pudieron contener sus lágrimas cuando el condenado llegó á este pasaje del himno:

*Oro supplex et acclinis,
Cor contritum quasi cinis,
Gere curam mei finis...*

«Suplicante y prosternado, con el corazón deshecho cual ceniza, ¡oh Señor! no me abandoneis en mi última hora.»

Se mandó suspender la ejecución de aquel desgraciado y se le pidió copia de su himno; mas para obtenerla fué preciso volverle á la prisión, y en recompensa de su obra maestra, fué inmediatamente indultado.

Tal es, en compendio, la piadosa tradición. Pero la fría crítica, que no se conforma con aseveraciones cuando no se acompañan las pruebas, ha rebuscado por los archivos la verdad (que por eso se nos aparece casi siempre empolvada y fea á la vista) y ha reivindicado la gloria de esta célebre composición para su verdadero autor, un fraile franciscano que ejerció el cargo de guardián en los conventos de menores de Maguncia, Worms y Colonia. Llamábase Tomás de Celano y murió por los años de 1225.

No puede precisarse tan exactamente la época en que la Iglesia adoptó en su liturgia el *Dies irae*, si bien la opinión más admitida es que fué con anterioridad á 1385.

La primitiva composición ha sufrido algunas alteraciones, sustituciones y adiciones. En un principio se suprimió el último verso de la primera estrofa, que quedó modificada en esta forma:

*Dies irae, dies illa,
Crucis expandens vexilla,
Solvat seculum in favilla.*

Más adelante se restableció el texto primitivo, eliminando el segundo verso, cuyo lugar ocupó el tercero, y adicionándole el

Teste David cum Sybilla

que, como he dicho, había sido suprimido anteriormente.

Las principales intercalaciones introducidas en este himno, pertenecen á la pluma de F. Hæmmerlin, á lo cual se debe, sin duda alguna, que se le haya atribuido en absoluto la composición.

El carácter musical de ésta se acomoda perfectamente al asunto que en ella se trata y que nos recuerda el tremendo día del fin del mundo y el juicio final. Sin el concurso de los medios maravillosos de que dispone la música moderna, sin ayuda de la modulación, que imprime á ésta un carácter tan patético, tan arrebatador y tan apasionado, el canto llano del *Dies irae*, sencilla derivación del canto gregoriano (que es, á su vez, una imitación de la música de los griegos) nos impresiona profundamente y produce en el alma una emoción indescriptible.

Terminaré esta digresión (y por ella pido disculpa á mis lectores, si les ha parecido algo pesada) consignando el detalle de que el antiguo texto del *Dies irae* está grabado sobre una losa de mármol en la Iglesia de San Francisco de Mantua. El Concilio de Trento adoptó el texto reformado por Hæmmerlin y le incluyó en el misal.

Basta de conversación con los muertos, y volvamos al cementerio de los vivos.

Porque la verdad es que, empapado mi pensamiento en las lúgubres ideas que produce el recuerdo de los que duermen el sueño eterno, y por más que procuro distraerle á considerar el mundo de la vida, hundiéndome en su torbellino, no acierto á ver más que cadáveres por todas partes; no oigo hablar sino de muertos; no doy un paso sin tropezar con una tumba.

Aquí ha muerto el espíritu religioso; allí el sentido moral; más allá la humildad cristiana; en aquel sitio las virtudes cívicas; bajo ese techo la piedad de la familia; dentro de aquel edificio la justicia; entre esas blondas la castidad; sobre aquel tapete verde la honra; en aquel espectáculo público la decencia; en casi todos los otros el sentido estético; bajo aquel farrago de libros la noción de la dignidad humana; en ese baile el pudor; en aqueste banquete la templanza; en estotra tertulia la reputación de las mujeres; en aquel círculo la fama de los hombres; y por doquiera las creencias, la virilidad, los puros ideales, el amor al prójimo, la constancia en las tribulaciones, la serenidad en la fortuna, la conformidad en la pobreza, la esperanza de mejores días, el valor y la fe en la lucha con las pasiones...

Tumbas por todas partes; esqueletos, podredumbre, miseria, luto, lágrimas, desolación... Esto es lo que veo.

Cantos funerales, extortores de agonía, de profundis, miserere, dies irae... Esto es lo que oigo.

Vacío, asfixia, parálisis, frío glacial en el corazón... Esto es lo que siento.

Perdón, otra y otras mil veces, queridos lectores, por estas extravagancias y delirios de una cabeza tan ligera, en fuerza de ser débil, que se deja arrastrar por las impresiones del momento.

Ríanse ustedes de estos ejercicios de dislocación intelectual de un payaso jubilado, que no pudiendo, por viejo, hacer llorar de risa á los espectadores, se mete á exhibir suertes de sensiblería, y sólo consigue que el público se ría de sus lágrimas.

Después de todo, es posible que esas figuras que han desfilado por delante de mi fúnebre cosmorama no sean otra cosa que creaciones fantásticas de un cerebro enfermizo; es posible que todos

*los muertos que yo maté
gocen de buena salud,*

de lo cual me alegraré infinito;

Como me alegraría de poder llenar las cuartillas que me restan con noticias agradables, siquiera para anular el mal efecto de mis anteriores jeremiadas.

Por desgracia, los cortos apuntes que encuentro en la cartera de mi memoria no me dan pie, y por lo tanto tendré que darles de mano.

Que el Ayuntamiento de Madrid, después de deshacerse del oso que campea en el escudo de la Villa, ha comprado el león de Williams.

Que el domador Williams, considerando que con aquel león tenía vendida la vida una noche si y otra no, ha consentido en vender la fiera, comprando de paso su propia tranquilidad.

Sucesos son estos hartos trascendentales y serios para que yo los convierta en asunto de zarzuela bufá.

Que el gobernador de la provincia ha ordenado la clausura de aquellos círculos de recreo donde se juega á los prohibidos por la ley. ¿Pero qué, existen ó han existido esos círculos para estudiar la cuadratura del Código? No acierto á creerlo; pero aunque acertara, no me reiría, porque al fin y al cabo, eso de los juegos no es cosa de juego; y sobre todo, que no encuentro pretexto para reirme de juegos de ninguna clase, cuando no me río al oír otros chistes relacionados con el juego, por ejemplo: «Hoy es último día de billetes; hay décimos á diez pesetas.»

Que se ha impuesto una multa á alguna empresa teatral por haberse cantado, durante la representación, coplas alusivas á algo que no debe ser la moral ni la decencia, porque no sé que en ningún teatro de la Corte se haya pensado jamás en ofender á estas señoras, á quienes en alguno de ellos no se conoce ni de vista...

Pues tampoco me decido á pedir á ustedes que se rían de esas coplas, ni mucho menos de esas multas, que tanto se parecen á las coplas... de Calainos.

Que en las recientes carreras de caballos se han cruzado apuestas de consideración; que tal personaje ha ganado 27.000 pesetas con seis caballos; tal otro 8.000 con dos, etc., etc.

No risa, lástima me da oír mencionar como caso extraordinario eso de que para ganar un puñado de oro se hayan necesitado tres días y seis caballos, siendo así que en una sola hora de noche, con un

solo caballo y sobre una pista verde de tres metros de longitud, hay quien ha ganado una suma cuadruplicada.

Que en las sesiones y banquetes dados á los exploradores portugueses Capello é Ivens ha reinado gran entusiasmo, fraternidad y alegría.

Vamos, esto de la alegría parece que se presta á mis deseos de registrar en esta crónica algo satisfactorio y agradable á mis lectores... Pero ¡ay! que cuando empiezo á contraer los músculos faciales para poner lo que se llama *cara de risa*, me acuerdo de aquellos intrépidos viajeros, condenados á oír de sobremesa quince ó veinte discursos, á cual más elocuentes, y la risa huye de mis labios y sólo siento compasión hacia las víctimas.

Que ha llegado á Madrid la princesa Dolgorouski; que esta aristocrática dama ha causado sensación en todos los círculos de la Corte; que es un prodigio, porque, sin desplegar los labios, conmueve y entusiasma los corazones; que trina con la mano lo mismo que la Patti con la garganta y mejor que el hombre sin brazos trinaba con los pies; en una palabra, que hace del *Stradivarius* lo que quiere, ó lo que es igual, que sabe tocar el violín, y que se digna tocarle ante el público, mediante una retribución.

He oído á personas competentes que la citada dama es, sin disputa, la mejor violinista de la clase de princesas, y la aristócrata de más blasones entre todas las tocadoras de violín. Por de pronto, no se necesita haber oído á Paganini, ni estudiado los laberínticos *Caprichos de Fiorillo*, ni aprendido los rudimentos de Kreutzer para reconocer que la princesa Dolgorouski es infinitamente superior á Jesús Monasterio, que ni siquiera puede grabar en el *ponticello* de su violín una corona de conde.

Como ven ustedes, tampoco esta noticia pertenece al género de las que hacen reír ni llorar.

Que se ha nombrado una Comisión de personas de autoridad y de prestigio para entender en los asuntos relacionados con los espectáculos públicos...

— Esta sí que es noticia fausta — dirán ustedes — y por lo mismo nos la ha dejado Blas para la última; ahora sí que van á entrar en su cauce las corrientes del arte y del buen gusto; ahora sí que podremos llevar al teatro á nuestras esposas y á nuestras hijas sin temor ni desconfianza; ahora sí que empieza un período de regeneración para la literatura dramática; ahora sí...

Pueden ustedes continuar divagando cuanto quieran por ese camino; pero permítanme al menos que complete la noticia. Esa Junta ó Comisión no tiene nada que ver con el interés moral de los espectáculos, ni con el arte dramático, ni con la misión civilizadora del teatro. Sus atribuciones se relacionan únicamente con el interés material del edificio, con el arte de albañilería, con la regeneración y recosido de las bocas y mangas de riego para casos de incendio.

Ahora sigan ustedes entusiasmándose, mientras yo me froto las manos de satisfacción y pronuncio el consabido *jeureka!* como si supiera hablar en griego, porque al fin he dado con una noticia que me hace reír.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL

Un aspecto más tranquilizador que en la anterior decena. La diplomacia está echando agua al fuego, y si no consigue apagarlo, por lo menos logrará detener la explosión de la guerra.

Pero en cambio ha sacado la cabeza por entre los protocolos diplomáticos una nueva cuestión, relacionada con la de Oriente, que puede dar lugar á graves complicaciones europeas. Los ingleses han resuelto apoderarse de Birmania, país rico que vendrá á redondear su imperio de la India. Hallase situado este país al NO. de la Indo-China, y tiene por límites, al N. la región de Borkhampti y de Assam, tributaria de los ingleses; al E. el Yun-nan chino y el Saluen, que le separa del reino de Siam; al S. y al O. las provincias inglesas de Pegou, Arakam y Kasai. Su extensión es de 1.000 kilómetros de largo y 500 de ancho. La población pasa de cuatro millones.



Inglaterra, con esta adquisición gana terreno para la futura lucha con Rusia, cuyo Imperio procura dificultar el negocio, convencido de los propósitos que la inspiran. Sin embargo, de un modo ó de otro, Birmania caerá en manos de los ingleses, los cuales se están armando como nunca para estar apercibidos contra las contingencias de lo por venir. A pesar de que hoy no puede darse estado más floreciente que el de la marina inglesa, pues su flota de guerra, inmejorable en la parte del material y aun del personal, puede hacer frente á las escuadras reunidas de todas las naciones, sin embargo, Inglaterra va á aumentar sus acorazados en grandes proporciones, á costa de grandísimos sacrificios de dinero.

¿Dónde va á parar esta fuerza inmensa, y qué objeto se propone Inglaterra con arrojar millones y millones á las inquietas olas de los mares? Inglaterra tiene miedo á lo por venir, y se comprende que lo tenga, porque sabe que el avance de los rusos sobre el Afghanistan sólo está detenido, y ha de coincidir con el avance sobre Constantinopla; sabe que su única aliada, segura hoy, es Turquía, á quien ella defiende, porque defiende sus propios intereses, y sabe, por último, que lo que le valdrá otras alianzas, en el conflicto general que se prepara, será las fuerzas que presente al mismo tiempo en todos los mares; en el Atlántico y el Pacífico y el Mediterráneo, como en la entrada y salida del Bósforo y en las costas del Báltico.

De ahí los armamentos que debían ser y que serán la voz de alarma para las naciones que no están en el secreto de lo que se prepara.

Hace tiempo que no se habla del Sudán: la muerte del Mahdí ha quitado intereses á los sucesos de Egipto. Sin embargo, para los ingleses no ha concluido todo.

Corre el rumor de que ha tenido lugar un encuentro á dos jornadas de Wady-Halfa, entre las tropas inglesas, inferiores en número, y las bandas de los rebeldes, mandadas por dos emires. Sobre el cuadro formado por las tropas británicas, según costumbre, se arrojaron impetuosamente los madhistas, experimentando considerables pérdidas, siendo bastante sensibles también las de los ingleses, que después de un combate encarnizado de tres horas se vieron forzados á replegarse hacia el Norte.

Además se sabe positivamente que la ciudad de Kassala ha caído en poder de los rebeldes.

El protectorado inglés en Egipto se halla desacreditadísimo.

Este es un mal ejemplo para la India.

En pocos días se han verificado en Francia y en Dinamarca sendos atentados contra ministros de estos respectivos países; contra M. de Freycinet en París y contra el presidente del Consejo en Copenhague. Afortunadamente los criminales no han logrado sus intentos; pero de todos modos se comprende por las intenciones de estos sectarios, que el espíritu revolucionario y anárquico va dando sus naturales frutos.

Sumando los números que figuran en las últimas elecciones de Francia, resulta lo siguiente:

Los monárquicos han ganado más de 1.500.000 desde 1881 y los republicanos han perdido próximamente 500.000. Entre los monárquicos elegidos se cuentan 30 orleanistas decididos, 70 imperialistas, 40 antiguos legitimistas que han reconocido los derechos del conde de París, y 60 ó 62 legitimistas que seguirán al conde de Mun y al centro Católico.

Las Cámaras se reunirán el día 10 del corriente.

Ampliando las noticias relativas en la matanza de cristianos en China, dice un diario de París:

« Las misiones contaban en Annam á fin de Junio 42.000 cristianos diseminados en cinco provincias. 10.000 han sido degollados en Julio. 14.000 en el mes de Agosto. 4.000 tuvieron que refugiarse en Cochinchina. 7.000 han sido degollados este mes. 2.000 se escaparon á Laos. 4.000 sobreviven á tantos desastres.

En suma, que 42.000 cristianos han sido asesinados ó han tenido que huir para salvar la vida. Tal es el resultado de nuestra ocupación militar de Annam.

El martirologio de nuestros Sacerdotes jefes de esas misiones es largo. En su mayor parte han perecido después de haber visto incendiadas sus iglesias. No hay noticias de seis de ellos, víctimas de la persecución que amenaza extenderse al Sur de la China, y que no perdonará á ningún cristiano,

porque tales atrocidades quedan impunes, no obstante cometerse á pocos kilómetros de nuestros puestos militares. »

Completa tan doloroso cuadro una carta de un misionero escrita á otro Padre residente en Europa, de la que tomamos los párrafos que siguen:

« Creeréis que después de todo lo que ha pasado, nuestros gobernantes no se fían sino de los paganos, con quienes cuentan para pacificar el país, mientras niegan las armas á nuestros cristianos, á pretexto de que no quieren guerras religiosas? ¡Oh insensatos, insensatos, por no decir miserables! Hay más de un sectario en Saigón que se alegra del aniquilamiento del cristianismo en Annam, aunque este aniquilamiento acarree el de nuestro poder colonial.

Actualmente, seis provincias, esto es, á 116 leguas del país, están en poder de los rebeldes; y en esas seis provincias no hay una sola iglesia ni una sola casa cristiana.

Nuestros cristianos se han conducido admirablemente; todos, aun los catecúmenos, han muerto sin que haya habido un solo apóstata.

Se sabe á punto fijo que seis de nuestros compañeros han recibido la corona del martirio, y se teme que otros seis ú ocho han tenido la misma suerte, porque no dan señales de vida desde hace un mes.

Pero lo más horrible aquí es, que el incendio se propaga y se acerca por momentos: aquí, en la colonia, la provincia de Bien-hoa, limítrofe de los rebeldes, está á punto de sublevarse. Por fortuna, el gobernador interino, general Begin, es hombre de carácter que parece dispuesto á cumplir con su deber; pero tiene pocas tropas á su disposición. Si desgraciadamente los paganos se levantasen en este momento, seríamos aplastados y nuestra misión aniquilada.

Adiós, querido y venerado Padre: Rogad por nuestras misiones, y si llegáis á saber que he muerto, alegraos, porque jamás he estado en mejor disposición para abandonar esta vida. »

¿Qué responsabilidad la del Gobierno francés, que debiera, por propia conveniencia, representar en el extremo Oriente la causa de la civilización cristiana!

Para consolarnos de estas dolorosísimas catástrofes, volvamos los ojos á otras regiones, donde el catolicismo encuentra mayor ambiente en que exhalar el aroma de sus beneficios. Dice una carta de los Estados Unidos:

« El 27 de Septiembre se ha verificado en Washington una consagración episcopal. Es la primera vez que semejante ceremonia tiene lugar en la capital de la república Norte-América. Mons. Jeremías O'Sullivan, párroco de la iglesia de San Pedro, nombrado Obispo de San Agustín, ha querido ser consagrado en la iglesia que rige hace largo número de años. Mons. Gibbons, Arzobispo de Baltimore, era el Prelado consagrante, y asistentes los Obispos de Richemont, de Charleston y otros varios.

« Conocida la grandiosidad de la ceremonia de la consagración de un Obispo, puede presumirse lo que habrá llamado la atención en Washington, donde el nuevo Obispo es tan antiguo, conocido y estimado. La muchedumbre no logró penetrar toda en el santuario por falta de sitio donde meterse. Los protestantes no ocultaban la impresión que les causaba la majestad de la liturgia católica.

« Habiendo querido los feligreses de Mons. O'Sullivan darle un testimonio de afecto, el nuevo Obispo le ha rechazado, declarando que pobre vino á la parroquia de San Pedro, y pobre quiere salir de ella. He aquí pintado el carácter de los Obispos misioneros, y así se comprende que puedan improvisar templos y multiplicar su rebaño: el secreto está en el sacrificio y en la abnegación. »

Corramos ahora á la Australia. Pronto llegará á su Silla el primer Cardenal de este país, Mons. Morán.

Con este motivo, la prensa religiosa de Roma publica datos relativos al estado del catolicismo en la Australia, que son muy consoladores.

Cierto que la Iglesia católica, numéricamente hablando, no es allí lo principal, porque las diversas sectas protestantes gozan de todo el favor y protección del Gobierno; pero tiene 800.000 fieles, lo que significa alto tratándose de un pueblo de poco más de tres millones de habitantes.

Hasta ahora se han establecido dos provincias eclesiásticas. Una de ellas, la de Melbourne, comprende cinco obispados sufragáneos, que son los de Adelaide, Balarat, Hobart-Town, Perth y Sandhurst. La otra, la de Sidney, comprende siete obispados, que son los de Armidale, Bathurst, Brisbane, Goulburn, Maitland, Puerto Vittoria y Rock-Hampton; debiendo advertirse que Melbourne y Sidney, residencia de los dos metropolitanos, constituyen dos

ciudades tan populosas ó poco menos que Madrid.

Los dos metropolitanos son originarios de Inglaterra; los sufragáneos de Rock-Hampton y Armidale nacidos en Italia ó hijos de italianos, y los demás Obispos, á excepción del de Porto Vittoria, ingleses.

Varios de estos Prelados pertenecen al clero regular. Entre ellos hay capuchinos, benedictinos y agustinos.

Datando las misiones de fecha reciente, puesto que no son anteriores al siglo en que nos encontramos, maravilla saber que hoy en Australia hay catedrales, colegiadas, numerosos templos parroquiales, abadías, conventos y escuelas católicas que compiten y aventajan á las protestantes.

La prensa católica ha llegado á adquirir gran desarrollo, tanto que uno de los periódicos que se publican bajo el patrocinio del Cardenal Morán, tiene mayor número de suscriptores que el católico de más circulación en Europa.

Las congregaciones de mujeres también están muy extendidas; la mayor parte de ellas se consagran á la educación é instrucción de la niñez; pero también hay hermanas de la Misericordia y de San Vicente de Paul.

El Cardenal Morán tiene preparadas 1.500.000 pesetas para gastarlas en el Seminario conciliar, cuya primera piedra ha puesto, y que será uno de los primeros establecimientos de enseñanza del mundo.

¡Qué admirable la fecundidad de la Iglesia católica! Donde pone su mano, si el viento de la persecución no desarraiga sus semillas, brotan á porfía las flores de una civilización espléndida y hermosa.

Todos los periódicos han publicado estos días la carta que Su Santidad el Papa León XIII ha dirigido al emperador del Japón. De ella tomamos este párrafo, que prueba las buenas disposiciones del Emperador respecto de la Iglesia. Dice el Papa:

« Es, pues, el principal móvil de la presente carta el aprovechar la ocasión para expresarte la gratitud de nuestro ánimo, así como nuestras buenas disposiciones hacia ti. Sin duda que según los tratamientos á que sometás á los misioneros que nosotros enviamos, así como cada uno de los cristianos, de tal manera Nos veremos nosotros obligados á portarnos contigo: por fortuna ya tenemos noticia de la benignidad que usas con ellos por testimonio reciente de los mismos. Realmente ningún paso puedes dar hacia la justicia ni hacia la utilidad pública en que no te auxilien poderosamente los súbditos católicos.

« No podemos, pues, menos de rogarte por los bienes que Tú mismo has de reportar, que concedas á los cristianos cada vez mayor libertad en el ejercicio de sus prácticas, y que tomes bajo tu protección y salvaguardia sus benéficos institutos y establecimientos. »

En efecto, las misiones católicas se hallan en el Japón en un estado de prosperidad que no han tenido nunca.

Quiera Dios que continúe.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 31 de Octubre de 1885.



UANDO llegue á Madrid esta carta supongo ya será conocido el desenlace de la cuestión de las Carolinas; pues aquí se guarda mucha reserva sobre el proyecto de mediación que Su Santidad ha mandado comunicar á los Gobiernos de España y de Alemania; pero yo puedo asegurar que dicho documento obra en poder de ambos Gobiernos interesados desde hace cuatro ó cinco días, y según telegrama recién llegado de Berlín, el Príncipe de Bismarck parece no tener inconveniente en aceptar las bases de arreglo propuestas por Nuestro Santísimo Padre. En estos días se esperaban con mucha ansiedad las noticias de Alemania, porque decíase que la resolución más ó menos pronta del importantísimo negocio ya no dependía sino de las impresiones del canciller alemán. He dicho que se observa riguroso silencio sobre el proyecto de mediación pasado en consulta á los Gabinetes de Madrid y de Berlín el día 23 del que hoy fina; pero lo que acabo de indicar basta para convencer á mis lectores de que, por lo que aquí se trasluce, el fallo del Papa es muy favorable para España: no se pone en duda la conformidad de su Gobierno con el arreglo propuesto por el Papa; luego puede asegurarse que en dichas bases se reconoce

la soberanía de España en todo el archipiélago carolino. No quisiera pecar por atrevido diciendo que en favor de Alemania el Papa no hace más que reiterar los ofrecimientos que el Gobierno español consignó espontáneamente en su nota diplomática de Septiembre último; pero á lo menos puedo decir sin escrúpulo que aquí se da por resuelta la forma que en su día ha de revestir el arreglo definitivo, indicándose al efecto la de un protocolo parecido al último sobre Joló, pero con la particularidad de que ha de firmarse en Roma por nuestro embajador y el ministro de Rusia cerca de la Santa Sede; este pequeño detalle va á imprimir un carácter de mucha solemnidad á la declaración de nuestros derechos, pues quizá llegue el día en que el antiguo lema de *Roma locuta est* deba tener nueva aplicación. Ahora la Santa Sede, inspirándose en la consumada prudencia que siempre la caracteriza, no parece fundar su fallo en la célebre Bula con que Alejandro VI hizo tirar una línea de demarcación sobre el mapa del nuevo mundo descubierto entonces, para dirimir las cuestiones de límites entre el Rey Fernando de España y D. Juan de Portugal. A no dudarlo, el acto de aquel Pontífice está en perfecta armonía con otros de sus antecesores, y especialmente con el derecho público, que universalmente regía en la Edad Media, mereciendo además justísimas alabanzas el empeño que tenía el Papa Alejandro VI de propagar el cristianismo en las posesiones recién descubiertas por Colón y por Vasco de Gama, á cuyo fin cortó en su misma raíz la mayor dificultad con que iban á tropezar los Reyes de Portugal y de España al llevar á efecto su propósito de fomentar las nuevas misiones. Con todo, se comprende la prudencia de León XIII en no fundarse en la mencionada Bula, al mediar en asunto de particular interés para un Gobierno luterano; tal prudencia ha sido oportuna también para mostrar lo infundado de las suposiciones que hacía el diputado italiano Sr. Boughi en el artículo sobre la mediación del Papa que publicó en su Revista *La Nuova Autologia*, y por cierto llamó mucho la atención por las irreverencias hacia el Pontificado de que está salpicado.

Pero... no vayan á creer los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA que en Roma ya nadie se ocupa más que en la cuestión de las Carolinas, pues no faltan tampoco noticias literarias y científicas. Las numerosas academias de aquí están al punto de reanudar sus tareas, y en los colegios eclesiásticos están abiertas las matrículas para el próximo curso escolástico. Sabido es el empeño que tiene Su Santidad en fomentar los buenos estudios; ahora mismo acaba de enriquecer con un nuevo gabinete de física-química al liceo *Angelo Mai*, encargando á la casa Wallach, de Cassel, las máquinas que hoy exigen los adelantos de la ciencia, y más se propone hacer en favor del nuevo colegio internacional que los Padres franciscanos expulsados de su histórico convento de *Araceli* están levantando cerca de San Juan de Letrán; pero es preciso confesar que también esos colegios y escuelas corresponden dignamente á la singular predilección de Su Santidad; buena prueba de ello se ha visto recientemente en el brillante éxito de los exámenes sufridos por los alumnos del seminario de San Apolinar en los tribunales formados por el Ministerio de Instrucción pública, pues se presentaron catorce á sufrir examen de «licencia liceal», y once fueron aprobados en el primer escrutinio, siéndolo los demás en el segundo; ya se comprende que á los alumnos procedentes de institutos eclesiásticos el Gobierno de Italia no les dispensa ninguna clase de favores, pero ellos mismos saben franquear su paso á los estudios superiores de la universidad.

Nuestra colonia está de enhorabuena, pues cuatro Obispos españoles ya tienen anunciada su llegada á Roma para el próximo mes de Noviembre, y son los señores Obispos de Segorbe, Oviedo, Coria y Vich, que vienen á cumplir con el deber de la visita *ad limina apostolorum*; me dicen que Su Santidad tiene mucho gusto en conocer personalmente á los Prelados de las varias diócesis, porque en el bien de cada una se interesa como si no existiera más que ella. ¡Ojalá pudieran los fieles acompañar á sus Prelados! Mucha significación tienen las peregrinaciones nacionales, y para Su Santidad sirven de algún consuelo en medio de tantas amarguras y tribulaciones por las que atraviesa; se me ocurre que en España debería prepararse una peregrinación á Roma para el jubileo sacerdotal de León XIII que, Dios mediante, tendrá lugar en 1887; pero otra vez hablaré de esto más despacio.

J. M.

LOS GRABADOS

IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS DE MONTMARTRE EN PARÍS (EN CONSTRUCCIÓN).

Hace siete años que LA ILUSTRACIÓN publicó un grabado de este grandioso proyecto de iglesia, dedicada por voto nacional de Francia al Sagrado Corazón de Jesús. Por falta de datos no pudo acompañarse una historia de la obra, y quedó, por lo tanto, incompleto el trabajo que hoy nos proponemos dar á conocer con toda la amplitud posible.

Anticipamos el grabado del proyecto para refrescar la memoria, y en el número próximo publicaremos el artículo correspondiente.

LOS FUNERALES DE UN MÁRTIR EN LAS CATACUMBAS DE ROMA.

En la iglesia de San Lorenzo in *Lucina* existen dos magníficos frescos que representan escenas de los primeros tiempos del cristianismo. Uno reproduce las de las limosnas, práctica de caridad que los primeros cristianos del orden patricio ejecutaban con formas profundamente edificantes. El segundo representa el entierro de un mártir de las Catacumbas, ceremonia piadosísima que se llevaba á cabo con una sencillez y una devoción dignas de aquella grey cristiana, tan limpia y acrisolada por las persecuciones y los martirios. Este cuadro, obra del pintor Fraccani, es el que reproduce nuestro grabado: obra admirable por la belleza de la composición y por la pureza del dibujo.

Este cuadro tiene en este número doble interés por referirse al artículo que sobre las Catacumbas publicamos, y por la relación que tiene con los recuerdos que estos días despiertan en nosotros las oraciones de la Iglesia.

LA HUÉRFANA MENDIGANDO LA CARIDAD.

En este lindo grabado se representa la triste suerte de la huérfana que, pobre y desamparada, va mendigando una limosna por el amor de Dios.

¡Cómo bendicirá el Señor la caridad de las buenas almas que la socorren!

También á la puerta de nuestro Asilo llaman diariamente huerfanitos para hallar un hogar y una familia...; pero no hay recursos para todos, ni para los que caben en el edificio, y sólo la caridad de las buenas almas puede con sus limosnas abrir á estos infelices peregrinos las puertas de una casa cristiana.

Representaos en esta huérfana que llama á la puerta, las escenas que diariamente presenciamos en la de nuestro Asilo, y pensad que en vuestra mano, almas caritativas, está la llave que puede abrirla para tantos indigentes y desamparados peregrinos.

UN CANAL DE VENECIA EN LA EDAD MEDIA.

Este grabadito, aunque en corta escala, da idea del aspecto de Venecia, cuando era reina y señora del Adriático. Era una ciudad riquísima por su comercio con Oriente, de donde trajo con el oro el gusto de las artes y la originalidad de sus fastuosas costumbres.

Hoy la reina del Adriático es un sepulcro. Sus edificios se hundieron y sus habitantes viven pobres, á expensas de los viajeros que visitan aquellas ruinas.

EXCURSIÓN Á LA SIERRA DEL ALTO-REY

(Conclusión.)



PESAR de esta infinidad de registros que desde 1844 se hicieron sin interrupción, sólo dieron algún mineral, después de las minas citadas, *La Mala Noche*, *Fuerza*, *Perla*, *Tempestad* y *La Vascongada*. Esta última unióse después á *San Carlos*, con cuya pertenencia lindaba, y constituyó una sola sociedad, que ha conservado, como era natural, el título de la más antigua.

Respecto á los minerales de Hiendelaencina, han sido de una riqueza extraordinaria; y ejemplares he visto con una ley de más de 700 onzas en quintal. El término medio, sin embargo, de las entregas hechas á la fábrica *La Constante*, desde 1849 hasta 1852, ha sido, aproximadamente, de siete onzas de plata por quintal de mineral; es decir, la misma ley de los minerales de *La Almagrera*, según los ensayos de los célebres metalurgistas Duro y Kersten. Dejo de hablar, por no ser de la competencia de mis estudios, de la constitución química del filón de Hiendelaencina, si bien he oído decir que carece de plomo, y es abundante en sulfato de barita y carbonato de cal.

La consecuencia inmediata del descubrimiento de estas minas, fué el establecimiento de fábricas para el beneficio de sus minerales; siendo la primera la que en término de Gascuña construyó por el año de 1846 una sociedad inglesa, y que con el título *La Constante* ha sobrevivido á todas las demás que con igual objeto se construyeron. La explicación de este hecho no carece de importancia; y aunque rei-

tero la declaración de incompetencia en materias industriales, voy á hacer sobre este punto algunas breves indicaciones.

Por uno de esos contrastes, tan frecuentes en España, con ser nuestro país abundantísimo en minerales de plata, plomo y otros metales, ha sido, de todos los de Europa, el más atrasado en la industria fabril metalúrgica. Hasta hace muy pocos años, toda la ciencia de nuestros industriales se reducía al principio de que, *para fundir los minerales, se necesitan sólo dos cosas: carbón y fuerza de viento*. Atrincheros en esta preocupación, despreciaban los adelantos de las ciencias naturales, y especialmente de la química, llamando con desdén *hombres teóricos* á los que á tales estudios se dedicaban. En este lamentable atraso nos hallábamos, cuando en el barranco Jaroso de la sierra Almagrera fué descubierto, por el año 1838, uno de los filones de plata más ricos que se han conocido en el mundo. Tal era á la sazón nuestra ignorancia metalúrgica, que ni los ingenieros del Gobierno conocieron en un principio que el mineral era argentífero, ni mucho menos la calidad del filón y su dirección oblicua. Fué necesario pensar en el beneficio de aquellos ricos minerales, y claro está que la industria nacional se hallaba en malísimas condiciones para realizarlo. Vinieron ensayos y más ensayos; duras contiendas entre los mineros y los fabricantes; desfalcos de inmensa cuantía y un descrédito tal de nuestra industria metalúrgica, que las sociedades mineras, después de invocar en balde la protección del Gobierno para salir de una situación tan bochornosa, tuvieron que recurrir á los extranjeros, que se apresuraron á levantar la losa que oprimía los manantiales de la riqueza española. Al charlatanismo de los franceses, los primeros en acudir á la demanda, sucedió bien pronto el talento más profundo y experimentado de los ingleses, que trajeron á nuestro país los adelantos de la metalurgia moderna. A ellos se deben los hornos altos de Feiberg, los de copelación sajones, los de reverbero, que llevan su nombre, para fundición y copelación. Ellos nos enseñaron el uso de estos y otros aparatos excelentes, y diversos métodos para el afino de la plata y la concentración de otros metales.

Cuando tales adelantos alcanzaba la industria metalúrgica en España, merced á la influencia de los ingleses, fué cuando las minas de Hiendelaencina comenzaron á dar sus ricos productos y hacer necesario su beneficio, y he aquí explicado ya el hecho que antes he consignado de haberse sobrepujado *La Constante* á todas las fábricas que trataron de hacerle competencia.

Esta magnífica fábrica es hoy un verdadero pueblo, pues además de los edificios propios del establecimiento, que ocupan una gran extensión de terreno, fuera de la alta cerca que los abraza, se han construido muchas casas para las 30 ó 40 familias que la fábrica sostiene. Más de cuatro horas empleamos en visitar el establecimiento y sus diversos talleres de herrería, carpintería, etc., admirando, á pesar de nuestra incompetencia en esta materia, la sencilla ordenación de sus máquinas, la marcha bien combinada de sus operaciones, la exquisita perfección de sus beneficios y el buen régimen que preside en aquella colonia fabril. El químico del establecimiento, D. Benjamín Davey, que es un inglés tan ilustrado como atento, nos condujo, después de visitar la fábrica, á su laboratorio, donde nos ofreció ocasión de ver no sólo los ensayos y aparatos de su profesión, que son excelentes, sino también una abundante colección de instrumentos de la edad de piedra, recogidos por él en el país con un afán digno del mayor aplauso.

Nuestra visita á Hiendelaencina fué corta, pero suficiente para formar idea de la población y de las minas. En una despejada llanura, dominada por extenso horizonte, hallase situado este pueblo, que si un día fué el peor y más miserable de la sierra, es hoy, no sólo el mejor de la comarca, sino uno de los mejores de la provincia. Tiene casas altas y espaciales, una plaza cuadrada y extensísima, en ésta una iglesia moderna de buenas proporciones, bastante comercio y población animada y laboriosa. En dirección N. están las minas que, partiendo del mismo pueblo, van á buscar el Otero formando una línea de casas bajas y altas chimeneas de ladrillo, que es el aspecto que por fuera presentan las minas. Mucho han decaído éstas de algunos años á esta parte, y aunque todavía la natural codicia del hombre se afana por abrir nuevos veneros de riqueza en aquella tierra acibillada, la tristeza de los recuerdos domina hoy allí más que la alegría de las esperanzas.

XV

El viaje tocaba á su término, y al considerar el rico botín de ideas que en él había recogido, me

felicitava de haberlo llevado á cabo y daba por bien empleados los calores y fatigas, las noches pasadas sobre la paja, las comidas de difícil digestión, y cuantas incomodidades lleva consigo un viaje improvisado por un país tan pobre y un terreno tan escabroso como la sierra del Alto-Rey. Continuamente tenía en la memoria las siguientes palabras de Becker: «Es preciso salir de los caminos trillados, vagar al acaso de un lugar á otro, dormir medianamente y no comer mejor; es preciso fe y verdadero entusiasmo por la idea que se persigue para ir á buscar los tipos originales, las costumbres primitivas y los puntos verdaderamente artísticos á los rincones donde su oscuridad les sirve de salvaguardia, y de donde poco á poco los van desalojando la invasora corriente de la novedad y los adelantos de la civilización.» Este había sido justamente mi propósito al emprender el viaje, y la experiencia había venido á confirmar mis esperanzas.

Estoy bien persuadido, en efecto, que para encontrar las costumbres sencillas de los antiguos tiempos, los monumentos más originales de nuestro arte nacional, las sublimes escenas de la naturaleza y las profundas emociones de la religión, hay que abandonar las grandes ciudades, donde el positivismo de nuestros días ha establecido el teatro de sus dramas sangrientos ó de sus comedias vergonzosas, y recorrer los valles melancólicos, los montes sombríos, las aldeas olvidadas y las sierras inclementes, donde aun subsisten vivos los recuerdos de lo pasado.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

GUERRA SIN CUARTEL

Novela original de D. Ceferino Suárez Bravo, premiada por la Real Academia Española.

Si la crítica hace oficio de juez, paréceme que uno de sus principales deberes consiste en oír al reo antes de sentenciarle. Pero ordinariamente — por lo que á España toca — sucede que la crítica sentencia sin oír, y en ocasiones sin leer. Recuerdo á este propósito, que hace años un crítico, ya difunto, vapuleaba soberanamente á un amigo mío porque había escrito una comedia en vez de escribir un drama. Empeñábase el Aristarco en que el asunto daba de sí para un drama, y no había modo de convencerle de que el autor se había propuesto únicamente escribir una comedia sencilla y apacible.

Sospecho que al Sr. Suárez Bravo ha de sucederle algo semejante, y que no faltará quien arremeta contra su última obra porque, habiendo en ella asunto para escribir una novela *realista*, el autor se ha limitado á escribir una novela como Dios manda.

Yo creo que, ante todo, conviene enterarse de lo que el autor se ha propuesto, y luego dictar el fallo (con la moderación y reserva propias de quien se erige en juez de otro porque le da la gana) sobre el mayor ó menor acierto con que el autor ha llevado á cabo su propósito.

En la elegante dedicatoria que va al frente del libro del Sr. Suárez Bravo, se leen estas palabras: «Le ofrezco sencillamente un cuento que pudo suceder, mezclado con hechos que sucedieron: una narración que procuré hacer interesante y noble, capaz de proporcionar algunas horas de honesto recreo al que la leyere, y nada más. Dicho queda con esto que no busqué los materiales en el lodazal de las pasiones humanas que tanto beneficia la moderna novela. Mi libro puede entrar en todas partes sin que haya que alejar á los niños y á las doncellas. Para lo que hoy se usa (por autores afortunadamente de mérito muy discutido) téngolo por prenda digna de ser estimada, y es bien seguro que si la obra no gusta, no será por la bondad del propósito, sino por torpeza en la ejecución.»

Esto dice el autor, y esto debe tenerse en cuenta para juzgarle. Más que una novela, en toda la extensión de la palabra, quiso escribir un «cuento que pudo suceder mezclado con hechos que sucedieron: una narración que procuró hacer interesante y noble, capaz de proporcionar algunas horas de honesto recreo al que la leyere, y nada más.» ¿Ha conseguido el Sr. Suárez Bravo su propósito? ¿Hay interés en su narración? ¿Proporciona al que la lee algunas horas de honesto recreo? Nada más justo que contestar afirmativamente á estas preguntas. Ahora, si el lector desea tener los nervios en perpetua tensión; enterarse minuciosamente de los detalles más groseros de las porquerías humanas; seguir latido á latido las impresiones, las luchas, las evoluciones y mistificaciones de un corazón inventado *ad hoc* por el novelista para lucir sus dotes de

escritor analítico, psicológico y trascendental, tire el libro del Sr. Suárez Bravo, porque seguramente no le divertirá ni pizca. El autor de *Guerra sin cuartel* no divierte ni puede divertir á los lectores habituales de Montepín ó de Zola. Ni los inextricables líos del uno, ni las eternas descripciones y los repugnantes análisis del otro, tienen absolutamente nada que ver con la novela del Sr. Suárez Bravo.

El cual en fácil, elegante y amena prosa ha desarrollado el siguiente argumento:

Por incompatibilidad de opinión política y violencias de carácter, un D. Gaspar Enríquez, realista furibundo, dió muerte al conde del Busto, hermano de su propia mujer. Huyó con este motivo á Portugal, y su mujer y su hija Mercedes fueron á establecer á un pueblo fronterizo para estar más cerca de su esposo y padre respectivamente. Allí pasó Mercedes su infancia al lado de Fernando, hijo de una familia acaudalada del pueblo, el cual Fernando con el tiempo llegó á enamorarse perdidamente de Mercedes. Desapareció D. Gaspar de Portugal, dándosele por muerto, y murió de hecho su esposa; y entonces Mercedes, huérfana de padre y madre, vino á Madrid á casa de unos tíos y al lado de un padre jesuita, también hermano de su madre como el difunto conde del Busto. Fernando, capitán de ejército, siguió en Madrid amándola más apasionadamente que nunca, bien que ella se mostrase respecto de él tan reservada y fría como siempre.

La acción de la novela comienza en este punto, y en el verano de 1834.

Troneras, desocupados y curiosos invadían una calle inmediata á la puerta de Segovia, por donde debía llegar una división de ejército destinada á combatir á los carlistas de la Mancha, cuando se vió venir calle arriba á una señora gruesa montada en poderosa mula sobre ancho sillón y bajo enorme paraguas, que excitó las burlas de los troneras y desocupados. Un joven que cabalgaba junto á la señora quiso hacer frente á los insultadores, pero contenido por ella, siguió adelante hasta dejarla en su posada. Volvió á poco el mocito y se encará con la turba, pidiéndole cuenta de los insultos que se habían dirigido á su madre. Fernando, que estaba entre los curiosos, más por mirar á los balcones de Mercedes que por otra cosa, había observado que Mercedes se interesaba por aquel joven animoso que no temía desafiar á ciento en defensa de su madre, salió á su encuentro y le hizo cara; pero el joven le sacudió en ella un latigazo, lo cual fué como señal para que la turba se lanzara sobre él y lo dejase medio muerto en los guijarros de la calle. Mercedes entonces bajó á socorrerlo y se lo llevó á su casa, donde se le prestaron todos los auxilios que requería la gravedad de su estado, y todos cuantos le sugirió á Mercedes el interés amoroso que despertó en su corazón la figura, la arrogancia y la dignidad del joven desconocido. Pero calcúlese qué sorpresa no recibiría Mercedes al leer en una tarjeta del maltratado caballero este nombre: Luis Téllez Alvarado, conde del Busto. El joven era primo suyo; pero hijo del hombre á quien su padre había dado muerte.

El cariño de Mercedes fué simultáneo al de Luis, es decir, que los dos primos se quisieron desde el primer momento; y Fernando, al conocerlo, sintió un odio tan profundo hacia su rival, que deseó su muerte á toda costa; y como había un latigazo de por medio, no esperó á más sino á que Luis se pusiera bueno y á que pasaran las horribles matanzas de los frailes en que ambos rivales desempeñaron papel simpático (más el de Luis que el de Fernando), para retar á mortal duelo á Luis, que, siendo militar como Fernando, no podía negarse á dar la reparación que se le exigía. El duelo, sin embargo, no se lleva á cabo, porque Mercedes, enterada del caso y asesorada de su tío el jesuita, milagrosamente librado de la matanza, tiene una larga conferencia con Fernando y le obliga á desistir de su intento, aunque no sin que Fernando por su parte le obligue á ella á jurar solemnemente que no será mujer de Luis ni de nadie mientras él viva.

La guerra civil va tomando incremento, y Luis es destinado á las órdenes del general en jefe del ejército del Norte. Fernando que lo sabe, toma la determinación de marcharse á las filas de Don Carlos, no por convencimiento, sino porque desde allí le será más fácil habérselas mano á mano con su rival y quitárselo de en medio. Luis, al trasladarse desde Miranda á Vitoria, cae en una emboscada que le tiende un agente de la partida del Rayo, famoso cabecilla, cuyo valor y cuya celeridad en sus operaciones le había conquistado el novelesco apodo con que todo el mundo le conocía.

Como la guerra se hacía sin cuartel, la prisión de Luis era la antesala de la muerte. Pero he aquí que el Rayo, al enterarse del nombre y calidad del prisionero, concibe el plan de salvarlo, y, en efecto,

aunque era el mismo Fernando el jefe de la escolta que lo conducía, Luis es puesto en salvo por el mismo contrabandista que lo llevó á la emboscada, obediendo en uno y otro caso las órdenes del Rayo. Luis, que había creído oír en cierta venta la voz de Mercedes, se convence de que su mano ha andado en el negocio de su salvación; y esto, aunque le trastorna el juicio porque no comprende qué objeto puede llevar á Mercedes por aquellos lugares, da nueva vida á sus esperanzas amorosas. Instalado en Vitoria, una coquetuela llega á marearle; pero un día que iba con ella del brazo por la calle, tropieza de manos á boca con Mercedes, y esta aparición le hace de nuevo volver en sí y afanarse por explicar á su prima el desvanecimiento momentáneo que las intrigas de la coquetuela habían producido en su ánimo. Pero Mercedes ha desaparecido, y Luis no vuelve á saber de ella hasta que cierto criado le dice que ha ido á vivir á Escoriaza, á la casa de Zavalaecha, en territorio carlista. El joven conde del Busto no comprende qué razón ha podido tener Mercedes para salir de Madrid, dejando á su tío el jesuita, y establecerse en un pueblo de Guipúzcoa, dentro de las líneas carlistas. Pero así y todo, Luis no piensa ya más que en ver cómo puede celebrar una entrevista con su prima para darle toda clase de explicaciones.

La ocasión llega. Saliendo un día á operar con el regimiento, ve desde el puerto de Salinas, en un punto llamado el Val de Guipúzcoa, la casa de Zavalaecha, donde reside su querida Mercedes. Al aldeano que desde aquella altura le ha enseñado la casa, le ofrece una buena cantidad de dinero si le acompaña hasta Escoriaza aquella noche. Resístese el aldeano, temeroso de grave contratiempo, porque dado el carácter de la guerra, todo peligro de perder la libertad equivalía al de perder la vida; pero al fin cede á las instancias y al oro del joven enamorado, y aquella noche, mediante un disfraz de casero, logra el conde del Busto llegar al pie de las ventanas de Mercedes, no sin que al primer riesgo le haya abandonado su guía. Espera allí hasta el amanecer el temerario conde, y ve, por fin, á su prima, con quien departe amorosamente largo rato, quedando entrambos satisfechos de la reciprocidad de sus sentimientos; pero al alejarse de aquellos sitios cae prisionero, y es encerrado en un calabozo para sufrir al día siguiente la pena capital como espía, ya que no había querido declarar su nombre y el objeto de su viaje á Escoriaza. Sabe el Rayo lo que ocurre; ve á Zumalacárregui, que le estima en mucho; le arranca un pase al portador para ver al prisionero; le ve en efecto; le obliga á ponerse su uniforme carlista y le salva, quedándose él en su lugar. Corre á tranquilizar á su prima, la cual, al saber que Luis debe la vida al Rayo, exclama regocijada: «¡Mi padre!» Comprende entonces Luis la razón que ha movido al Rayo, al matador del antiguo conde del Busto, á protegerle, y pretende entrar de nuevo en la prisión, declarando quién es; pero no permitiéndoselo el oficial de guardia (que le conocía y le estimaba desde su estancia en Vitoria), marcha precipitadamente á Vergara á hablar con el general Zumalacárregui, quien oyéndole contar lo sucedido y apreciando debidamente la nobleza de sentimientos de tío y sobrino, corre en compañía de éste á Escoriaza para evitar el inminente fusilamiento del generoso anciano. Logrado esto, da un salvoconducto al joven Luis, y éste se vuelve á Vitoria, donde es recibido con grandes muestras de simpatía y admiración.

Poco tiempo después, fuerzas de Zumalacárregui y del brigadier Oráa tienen un encuentro en un valle de las Amézcoas. Con las primeras, y al frente de la primera, va Fernando; con las segundas Luis. Dase una formidable carga de pretal, y hallanse cara á cara Fernando y Luis, que entablan una lucha personal, cuyo término hubiera sido fatalísimo para este último, si un corneta, apodado *Colilla*, no diese á Fernando una terrible navajada por la espalda, con la que vengó antiguo agravio político, si no cumplió orden misteriosa de logia masónica.

Muerto Fernando, el juramento de Mercedes queda invalidado y puede unirse con lazo indisoluble á su primo Luis, que se retira del servicio para dedicarse exclusivamente á los dulces goces de la familia.

Tal es, en resumen, el asunto de la novela, que, como han visto nuestros lectores, y como el autor afirma en su dedicatoria, tiene toda la nobleza y honestidad que puede apetecer el lector más escrupuloso. Nada extravagante, nada inverosímil, nada forzado hay en la acción ni en los varios accidentes que la avaloran. Los caracteres son todos bellós; ni aun el de Fernando es antipático, porque la pasión que le domina disculpa, en cierto modo, la violencia de sus procedimientos. La presentación y la figura del Rayo son interesantísimas; el perfil de Zuma-



LOS FUNERALES DE UN MÁRTE EN LAS CATACUMBAS DE ROMA.

lacáregui está trazado de mano maestra, y el del comandante de armas de Escoriaza tiene tal verdad y color tan vivo, que parece arrancado de una de las hermosas páginas de Pereda. Se ve a la legua que está tomado del natural; y yo lo aseguro, y basta que soy voto en la materia.

¿Qué puede decirse de Mercedes y de Luis? Almas nobilísimas, sin romanticismos ni sensiblerías necias, se aman como se aman las personas honradas y buenas en el mundo. Tras ellas se va el ánimo del lector desde el primer momento, y, como ellas, desea vivamente que suene la hora en que se unan para siempre bajo la santa bendición del sacerdote. Soriano es también un hermoso tipo, y el siniestro Colilla, a pesar de que no sale a la escena sino en dos terribles ocasiones, es una figura dibujada de cuerpo entero. La descripción de la matanza de los frailes, en la parte que al interés de la acción corresponde, es acabada y sobria. Un realista a la moderna la hubiera hecho repugnante: el Sr. Suárez Bravo la ha hecho severa, sin quitarle un ápice de su espantosa realidad.

En suma, *Guerra sin cuartel* no es una de esas obras centelleantes de color y vida como las de Pereda, pero tiene la fluidez de estilo y la sobriedad de asunto que distinguen a las de Alarcón.

No sé si el Sr. Suárez Bravo ha escrito alguna otra obra de este género; pero sé que si dedica su notable ingenio al cultivo de la novela, compartirá con los dos escritores mencionados la gloria de dar a la generación española de nuestros días sabrosísimos manjares literarios, sin el nauseabundo aderezo con que los novelistas franceses más en boga hacen tragar sus obras al estragado vulgo de la Europa meridional.

VALENTÍN GÓMEZ.

RESTAURACIÓN

DE SAN FRANCISCO EL GRANDE.



l antiguo templo levantado en el sitio donde estuvo la ermita que los madrileños erigieron en 1217, para celebrar la visita del santo seráfico de las llagas, ha encontrado por fin definitivo destino bajo la protección de la *Obra Pia de los Santos Lugares*.

José Bonaparte quiso hacer de aquel vasto recinto salón de Cortes para reunir el Parlamento con arreglo a la Constitución de Bayona; más tarde, la revolución de Septiembre le dedicó a Panteón Nacional; pero uno y otro proyecto fracasaron, y ahora en nuestros días se verifica, bajo la protección de la Obra Pia, la transformación del más severo y majestuoso templo de la capital de España.

Se ha pedido el Concurso de las Bellas Artes para hermosarle, y entre aquellas columnas dóricas, en la majestuosa bóveda, en el altar mayor, en el coro, en las capillas, el pincel de insignes artistas ha creado maravillas, poblando aquel recinto de ángeles, serafines, arcángeles, santos, vírgenes, doctores, que dan a la pobre humanidad, sujeta a las miserias de acá abajo, idea de los esplendores del cielo.

La primera impresión que se siente al entrar en San Francisco, donde sólo falta terminar las obras de las capillas y algunos detalles de la iglesia, es de asombro. Aquellas notas vivísimas de color, recién salidas de la paleta, y que todavía no ha revestido de tonos místicos el humo del incienso, y el transcurso del tiempo, brillan como deslumbrador mosaico, y dan a aquellos asuntos, eminentemente religiosos, carácter profano, admirándose ante todo, después del color, la belleza de la línea y la corrección de la forma.

Aquello es grandioso, y la pintura contemporánea, aunque no dejase nada más que las páginas que

ha trazado el pincel en los muros de San Francisco, daría a las generaciones venideras gallarda muestra del esplendor que en nuestros días alcanza.

La dirección pictórica ha estado a cargo de uno de los maestros de la generación actual, Carlos Luis de Ribera. Ribera es un español que nació en Roma a principios del siglo, hijo del famoso pintor de cámara de Carlos IV, D. Juan Antonio, autor de los cuadros de *Wamba* y *Cincinato*, que son en el Museo del Prado modelo acabado de la corrección de la escuela clásica. Siguió la carrera artística con entusiasmo desde sus primeros años. En París estudió en aquella época en que David, inspirándose en el arte antiguo, oponía a los amaneramientos chillonos del gusto hasta entonces en boga, la sublime severidad clásica, completando la obra de su predecesor Vien.

El autor de *El Robo de las Sabinas*, de *Los Amores de París* y de *Helena*, de *Los Lictores llevando a Bruto el cuerpo de su hijo* y de todas aquellas obras que tan poderosa influencia ejercieron en la sociedad de su tiempo, que llegaron a cambiar los trajes y a iniciar la resurrección del gusto helénico en las costumbres y en la literatura, fué el maestro del joven artista español, que al volver a su patria trabajó con ahínco en la propagación de aquella escuela. El techo del Congreso de los diputados, esa obra admirable de composición en que cada figura expresa un pensamiento de la historia de la legislación y de las Cortes en España, salió de su pincel, que al trazar páginas de Concilios, de Parlamentitos, de nacimiento de códigos, llevó a su mayor expresión el clasicismo en la corrección admirable del dibujo, lo mismo en la forma que en la complicada disposición de los pliegues y de los paños.

El gusto moderno censura a esta escuela por teatral y amanerada, y preciso es convenir que está fuera de las corrientes de los tiempos, como los versos griegos y latinos están fuera de la literatura moderna, pero no por esto se les pueden negar su indis-

putables bellezas, y el artístico conjunto en que unen el pensamiento y la forma.

Carlos Luis de Ribera, al dar los asuntos para los frescos de San Francisco, se ha inspirado en la advocación del Santo y de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles, bajo la cual está el templo que se ha de consagrar a la *Porciúncula*, y ha procurado expresar por todos los medios este sublime pensamiento de nuestra religión.

Allí están todos los santos y santas que ha dado al cielo la católica España, pintados de un modo admirable por Jover. Plasencia ha dado vida a las ideales figuras de los arcángeles, expresando con acierto la sublime creación de los pobladores de los cielos.

El pincel valiente é inspirado de Domínguez ha reproducido las augustas figuras de los Padres y Doctores de la Iglesia. Cubells ha hecho un bellísimo cuadro de la impresión de las llagas de San Francisco. Ferrant ha demostrado las lozanas de su rica imaginación, llena de color y de vida en las sibilas y profetas que pueblan aquellas naves, con sus simbólicas figuras que resucitan el Antiguo Testamento.

Todos estos diferentes trabajos obedecen al pensamiento fundamental trazado por Ribera, y decoran la nave principal y el coro.

El altar mayor es obra de Ferrant y de Domínguez y se compone de seis cuadros admirables. Dos sobre todo causan una impresión profundísima en el ánimo: aquel en que San Francisco, con su humilde hábito, se arrodilla a los pies del Soberano Pontífice, sentado en su trono, y recibe los pergaminos de la fundación de la Seráfica Orden que tanta influencia ha llegado a ejercer en el mundo, y aquel otro en que se ven destacarse los muros del primer convento franciscano, en espléndido campo vestido por la primavera con ricas galas, entre las que desuellan en sus erguidos tallos las malvas rosas, y con su cándido cáliz las azuleñas.

Un cuadro es de Ferrant, otro de Domínguez, y

hay en los dos tal riqueza de colorido, tan artística combinación en los contrastes, tal expresión en el pensamiento, que el alma se siente subyugada ante ellos.

Las capillas van a ser obras maestras. Ribera pinta una dedicada a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, a la expresión sublime del amor. En el cuadro principal están ya trazados los Sagrados Corazones, adorados por ángeles cuyas túnicas muestran los colores simbólicos de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad.

En los laterales se representa la escena en que Cristo dice: *Dejad que los niños vengan a mí*, y la aparición del Niño Jesús a San Antonio.

En el medio punto están Cristo y su Iglesia, tomado el asunto del *Cantar de los Cantares*, y en el techo Cristo en el símbolo del cordero.

En esta capilla pinta sólo Ribera con algunos de sus discípulos, entre ellos el aventajado joven señor González Bolívar, pensionado por la Diputación de Santander.

Casado del Alisal ha pintado en el cuadro principal de otra capilla la batalla del Clavijo. Moreno Carbonero, Muñoz Degraín y otros insignes artistas, han sido encargados de las pinturas de las otras capillas. Contreras de la ornamentación.

De escultura habrá en la iglesia las estatuas de los doce apóstoles y de los cuatro evangelistas; el altar mayor, las balaustradas y los pulpitos son de mármol.

En la sacristía se está instalando la magnífica sillería del monasterio del Paular, y en todo se trabaja mucho para que la obra quede terminada a fin de año, cosa difícil, porque la buena voluntad y el celo de los artistas tropieza con obstáculos presentados por una dirección profana y canchalesca presidida por un funcionario del Ministerio de Estado, que ha sido en el curso de los notables trabajos un continuo entorpecimiento.

EL ARTE CRISTIANO

EN LAS CATACUMBAS

1. Antigüedad de las pinturas al fresco de las Catacumbas.—2. Pinturas del siglo I.—3. Recuerdos de la antigüedad: cripta de San Pretextato, de San Saturnino, de San Ciriaco y de Santa Inés.—4. Pinturas al fresco de los siglos II y III. Cementerios de Priscila, de Santa Soteria.—5. Efigies de Jesucristo en San Calisto y en Santa Inés.—6. Imágenes de la Virgen en los cementerios de Priscila y de Domitilla.—7. Medalla de San Pedro y San Pablo.—8. Utilidad moral de estas imágenes.



AS pinturas al fresco de las Catacumbas se remontan al principio mismo de la Iglesia, pudiendo fijarse su cronología con alguna exactitud. De modo que, con certeza, pertenece al mismo siglo I un cielo raso del cementerio de Domitilla, tal vez también una pintura de la Virgen Santísima y del profeta Isaías en el cementerio de Santa Priscila; y las figuras del cementerio de Pretextato de la época de los Antoninos.

Los cálices con el fondo de oro y emblemas son de los siglos II y III, a cuya época pertenece también la estatua de San Hipólito, cuyo estilo es de una pureza y de una elegancia tan notables.

A la misma época se refieren los numerosos asuntos bíblicos pintados en las galerías y en las cámaras del cementerio de San Calisto; en los que los críticos más exigentes no pueden por menos de reconocer una perfección en el dibujo digna de la antigüedad clásica.

Sobre todo, notan en uno de los compartimentos

1. Con el título de *Las grandes lecciones de la antigüedad cristiana*, ha publicado M. A. Pelessier un precioso libro, que ha valido a su autor, catedrático de un colegio de Francia, la destitución decretada por el Gobierno en odio a la religión.

A este hermoso libro, de tal modo laureado por la persecución, pertenece el artículo siguiente.

de esa bóveda una magnífica pintura de David; el joven héroe viste túnica corta realzada por un ceñidor; su brazo derecho, completamente libre, parece agitar la honda cuya piedra debe quitar la vida a Goliath.

2. La pintura simbólica de la vida se empleó como adorno desde el siglo I; una bóveda del cementerio de Domitilla se halla cubierta, en toda su extensión, por una pintura al fresco representando una vida, de la cual las ramas corren graciosamente en todas direcciones con la libertad y flexibilidad de la naturaleza; los pájaros revolotean sobre las ramas, y pequeños genios alados cogen los racimos de uvas.

De la misma época quedan aún huellas de otra pintura al fresco, que representa a Daniel en el foso de los leones; la actitud del profeta recuerda la dignidad de las estatuas antiguas; dos leones se lanzan hacia él con terrible furor.

Estas pinturas demuestran que la edad apostólica había permanecido fiel a la tradición del gusto griego.

3. En gran número de composiciones es muy visible el recuerdo de las composiciones antiguas; por ejemplo, en el cementerio de San Pretextato, se halla representada la muerte rápida de Vibia por una alegoría, que no es otra que el rapto de Proserpina por Plutón en una cuadriga cuyos caballos son guiados por Mercurio. Pero lo que en esta pintura es preciso observar muy particularmente, es la armonía entre las virtudes cristianas y el estilo de la grande escuela de Fidia.

A ese objeto no hay más que la perplejidad de la elección, y algunos ejemplos deben bastar.

Desde luego tres figuras de vírgenes jóvenes, que adornan la misma cripta, recuerdan las figuras más castas de las Panateneas. Sus ropajes, de pliegues largos y rasos, son un emblema encantador del desprecio de las vanidades humanas.

Con el mismo sentimiento, aparece una de las más bellas imágenes de Orantes, que ocupa el centro de una hermosa pintura al fresco del cementerio de San Saturnino, cuya actitud es sencilla y natural, noble la expresión y los ropajes de una sobriedad digna de los buenos tiempos del arte griego.

Después, en una cripta del cementerio de San Ciriaco, es digna de reparo y atención la figura de una santa sentada, por la expresión de la cabeza, animada de un entusiasmo reprimido, y por un busto que dibuja un ropaje ajustado; esta es la belleza antigua iluminada por el sentimiento cristiano, y reproducida con una sobriedad de medios que recuerda la grande escuela de los artistas griegos.

Finalmente, una de las mejores pinturas de la Roma subterránea es tal vez la de Moisés golpeando la roca, la cual existe en la catacumba de Santa Inés; cuya nobleza en la actitud, la firmeza de la mirada del profeta y la sobriedad del ropaje que le cubre, traen a la imaginación los más bellos dibujos de Rafael.

Asimismo el abatimiento y la resignación se hallan admirablemente reproducidos en la actitud y la fisonomía de la más antigua representación de Job, vestido con la túnica de los esclavos, la cabeza inclinada, triste la mirada y los brazos colgantes y abandonados.

4. Las diversas pinturas de una bóveda descubierta en 1857 pertenecen a la época de los Antoninos. Guirnalda de hojas y de frutos parecen los símbolos de las cuatro estaciones representadas por los vegetales que las caracterizan, las rosas, las espigas, los pámpanos y los laureles; la elegancia y el movimiento son el distintivo de esta bella composición.

El cielo raso que decora la capilla llamada de Jesucristo, dentro del cementerio de Santa Inés, es también de la misma época.

Para dar un aspecto risueño a este asilo de la muerte, todos los objetos de la naturaleza concurren en esta elegante composición; el follaje, las frutas y las palomas se mezclan con las escenas alegóricas del buen pastor y de Moisés golpeando la peña.

Aunque sea cierto que los ángeles no han sido introducidos en los cuadros sino a partir del siglo IV, y que poco a poco han ido mostrando sus distintos atributos, con todo hay en el cementerio de Priscila una pintura al fresco del siglo II, en la que se ve el guía del joven Tobías bajo la figura de un ángel alado, primitivo modelo de esas composiciones divinas que valieron al dominico de Fiésole el sobrenombre de Angélico. También es preciso fijar la atención en otra encantadora pintura al fresco, que data del siglo III y existe en el cementerio de Santa Sotera, en la que se manifiesta a la cristiana Dionisia disfrutando las delicias del paraíso entre flores, frutas y aves de toda especie.

6. Débese una particular atención a las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de los Apóstoles.

Quizás es permitido admitir como copia de una imagen todavía más antigua, una imitación de Cristo que parece de últimos del siglo IV.

Este retrato adorna el cielo raso en la capilla del cementerio de los Calixtos, que contiene las más antiguas pinturas al fresco. Ese delicado perfil ha servido de modelo a las bellas interpretaciones de Leonardo de Vinci, de Rafael, de Aníbal Carraccio y del Guido. La cara es un óvalo prolongado, grave y de dulce fisonomía, la barba bastante corta, los cabellos partidos en medio de la frente y cayendo hasta las espaldas en dos largas masas rizadas. Reproducido por la escultura, sobre varios sarcófagos del siglo IV, se encuentra el mismo tipo. En fin, probablemente a vista de esta imagen un fraile de la Edad Media trazó un retrato detallado de Jesucristo, al que se ha dado extraordinaria importancia.

Encima del cementerio de Santa Inés se ha descubierto un medallón en barro cocido, representando a nuestro Señor Jesucristo.

Este es un perfil cuya expresión divina arrancó lágrimas de admiración al más idealista de los pintores franceses del siglo XIX. «Sí, decía Ingres, sólo el genio griego es el que puede crear un tipo tan perfecto.»

7. Asimismo el tiempo ha respetado una composición que atestigua el gusto de los primeros artistas cristianos. En una sala del cementerio de Priscila existe una pintura al fresco que representa la Virgen María, la cabeza medio cubierta con un velo, con una actitud y una expresión llena de nobleza; tiene sobre sus rodillas y estrecha entre sus brazos el niño Jesús, que se vuelve con un movimiento gracioso y vivo, análogo al que Rafael le ha diseñado en varias de sus Santas Familias; delante de la Virgen hay un hombre vestido con un palio que le deja al descubierto la espalda y el brazo izquierdo, y enseña con la mano derecha la estrella divina encima de María; los ropajes, lo mismo que la actitud de este hombre, son perfectamente griegos: éste es, probablemente, un San José que completa la Santa Familia más antigua.

Otra Virgen adorna el cementerio de Domitilla; parece animada ya de la gracia casta que el genio de Rafael ha dado a sus vírgenes; el niño recogido y pensativo, con envoltura blanca, habría podido servir de modelo a Fray Angélico.

8. Entre la escasez de monumentos que hay de los primeros tiempos, interesa señalar una medalla de bronce que se conserva en la biblioteca Vaticana. Las dos testas que hay en ella grabadas pasan por retratos de San Pedro y de San Pablo, unidos en la admiración de los fieles como lo estuvieron ellos en el apostolado y en la muerte.

San Pedro tiene las facciones rudas y enérgicas, cubierta la cabeza de una espesa cabellera y la barba corta, cerrada y rizada; la figura de San Pablo es más fina y menos enérgica, calva la frente, y la barba flotante y rizada en largos bucles.

Estos dos retratos son animados y completamente exactos a la tradición: los inteligentes los atribuyen a la época de los Flavios, en la que todavía en Roma florecía el arte griego.

9. En cuanto a la influencia moral y didáctica de las pinturas religiosas sobre las paredes de las iglesias, no es dudosa, como lo ha indicado de una manera muy instructiva en su siguiente carta San Paulino de Mole, que merece ser meditada.

«Se preguntará por qué hemos llenado de imágenes vivientes nuestras piadosas moradas. Diré los motivos. Veis llegar de los campos esa multitud de paisanos. Con el celo de su fe han dejado sus lejanas viviendas, han despreciado los hielos y velado largas noches... Para distraerles de sus penas hemos considerado útil llenar la casa santa con esas imágenes explicadas por las inscripciones...»

«La lección del ejemplo entra en la memoria con las prácticas sagradas; cada una lleva consigo su doctrina y su oración.»

«Un gran número de paisanos recién convertidos, y esclavos aun de las costumbres profanas entre la muchedumbre, obedecen a sus sentidos como a los dioses; mezclan la orgía con la súplica y manchan de vino la tumba de los santos que vienen a venerar.»

«Con el fin de combatir esa profanación he creído, pues, hacer bien en adornar con pinturas sagradas toda la iglesia de San Félix. Quizás la vista de estas imágenes iluminadas, a la par que les atraerá los ojos, les cautivará la atención. Durante el tiempo que unos a otros se muestran estos cuadros, en tanto que deletrean las inscripciones, se les pasa el hambre. Quedan satisfechos con el goce de los ojos, y les inspiran mejores hábitos los objetos que contemplan, a la vez que las útiles lecciones de castidad y de virtud las adquieren estudiando estas santas historias. Mientras ellos contemplan transcu-

rre el día y, como natural consecuencia, son menos frecuentes las libaciones.»

Esta buena tradición se ha perpetuado; continúa la iglesia en su propósito de instruir y de enseñar. Sus ventanas, sus bajo-relieves, sus cuadros, forman siempre el catecismo de los modestos, lo propio que el evangelio de los ignorantes. Para el bien de la humanidad y su mejor acierto, nunca se sabrán multiplicar demasiado las ocasiones, como así los medios de enseñanza. «Querid y rogad; el espíritu se halla propicio y la carne es débil.»

A. PELISSIER.

LA CONVERSIÓN DE UN ARTISTA



NO dudarlo, Gustavo será el que gane la medalla de oro este año. Así aseguraban entusiasmados sus amigos y admiradores.

A la verdad, tenían razón en decirlo, puesto que cuantos artistas visitaban el estudio de Gustavo, se quedaban extasiados al contemplar su hermoso cuadro de «La Magdalena», y exclamaban entusiasmados, que debería ocupar el puesto de preferencia en el salón de la Exposición.

El estudio de Gustavo era grandioso. Encerraba cuanto de más lujoso y rico pueden reunir el exquisito gusto de un artista y el apasionado cariño de una madre.

Muchas tardes se reunía en él lo más selecto de los artistas y notabilidades de París. Gustavo d'Arville era uno de aquellos seres privilegiados; era un niño mimado por la fortuna, a cuyas plantas derrama la suerte los tesoros y felicidades temporales, y el mundo, por consiguiente, sus incienso: ¡mientras que tantos otros hay que pasan la vida en la desgracia y miseria, abandonados de sus semejantes!

En la época que comienza esta historia, iban a ser coronadas las aspiraciones y deseos de nuestro artista. La fama de su «Magdalena» se extendía por todo París. Ninguna otra pintura podría competir con la suya... Para hacer el retrato de «La Magdalena» había escogido entre un numeroso grupo de lindas jóvenes del pueblo a la más hermosa; y de un magnífico modelo oriental había sacado copia para representar al Salvador... ¡Correcto dibujo...! ¡Hermoso colorido...! Pero nada de expresión divina... Ningún detalle que reflejase la inspiración, ni sentimiento religioso del artista cristiano... Esta era la honda pena que afligía el corazón de la buena madre de Gustavo. Comprendía que ese hijo tan querido había perdido sus creencias religiosas. No practicaba ya la fe que le enseñaron sus padres.

Como el lector fácilmente conocerá, este cambio en Gustavo no podía haber sido obra de un día. Mientras permaneció en el hogar doméstico observó sus deberes religiosos. La causa de esto fué, que habiendo marchado a países extranjeros para estudiar las grandes obras de los célebres maestros del arte a que con tanto afán dedicaba su vida, trabó conocimiento (por desgracia suya) con un joven que se encontraba en idéntica situación que él. Desde luego se unieron y simpatizaron con aquel entusiasmo que experimentan los jóvenes cuando al alejarse de su país y familia encuentran por primera vez un amigo a quien poder participar sus impresiones, y compartir las eventualidades buenas o malas que pudieran acontecerles.

Este joven, llamado Edmundo Saint Martín, era huérfano de madre, é hijo de un opulento comerciante, que había procurado más el hacer dinero para dejarlo a su hijo, que el proporcionarle una educación cristiana. Así fué, que Edmundo, abandonado desde sus primeros años a manos mercenarias, y después educado en un colegio, donde no se enseñaba la religión católica, salió de allí sin creencias, y se hizo del número de esas desgraciadas infelices criaturas, cuyas almas, cual encerradas en tenebroso sepulcro, no tienen la luz de la fe que las ilumine, ni la esperanza y caridad que las aliente y vivifique.

Pasado dos años, regresó Gustavo al lado de su madre, no sin sentimiento por haber tenido que separarse de su querido amigo, cuyo trato tanto le había perjudicado. Muchos eran sus adelantos en sus estudios, pero había perdido lo que es de mayor valor... la fe, y sus creencias. Entonces fué cuando dió principio a su famoso cuadro de «La Magdalena». Concluida su obra quiso ir a respirar el ambiente puro de la campiña para descansar de sus vigiliias y afanes... ¡Se había atareado tanto!

Hacía una semana que gozaba de las embriagadoras brisas de aquellas montañas (a cuyos pies bañaba el mar sus olas), con aquel encanto que sólo experimentan tres tipos de personas, a saber: los san-

tos... los poetas... y los artistas... Se encontraba á su modo de pensar enteramente feliz...

Al regresar una tarde de sus excursiones campesinas, la curiosidad le hizo entrar en el pobre templo de la aldea adonde se hallaban reunidos los trabajadores y jornaleros de los campos y viñas, escuchando atentamente la voz de su párroco. Maquinalmente dirigió la vista hacia el altar. De éste se destacaba un hermoso Crucifijo. Aquella expresión dolorosa de sufrimiento, á la par que de mansedumbre, retratada en la divina faz del Redentor, fué para él cual silenciosa reconvención que parecía herirle en lo íntimo de su alma. ¿Era posible que él hubiera vuelto las espaldas á aquel Señor crucificado que tanto sufrió por su salvación? ¿A ese Dios misericordioso que le había colmado de tantos beneficios? Ya no podía llamarse hijo suyo... Era un cristiano renegado... Un impío.

En este momento, una tierna niña que se encontraba á su lado, conmovida con la narración que hacía el párroco sobre los sufrimientos del Señor en la Cruz, exclamó con infantil acento: — ¡Pobre Jesús! ¡Cuánto, cuánto padeciste por nuestro amor! Y apresurada corrió al altar á besar los divinos pies del Redentor.

¿Qué pasaría por el alma de Gustavo en aquel instante? Un tropel de reflexiones se agolpó á su mente. Esa pobre niña le había hecho comprender que valía mucho más que él... Tenía un corazón agradecido, y corría con amor á abrazar á Jesús... mientras que él lo abandonaba y olvidaba sus beneficios. Entonces reconocía cuán sujeto tenía su espíritu al error; y que su inteligencia limitada se había dejado fácilmente seducir por la necia razón. Por esa razón que, cuando llega á estar dominada por el orgullo, se ciega y extravía, queriendo saberlo, examinarlo y juzgarlo todo. ¡Ah! decía... ¡Soberbia razón humana! ¿Qué es lo que pretendes? ¿Quieres comprender nada menos que lo que es infinito? No murmures ya más dentro de mí mismo, y no te salgas presuntuosa de la humilde esfera á que por tu condición perteneces. ¡Reconoce la inmensa distancia que media entre ti y Dios Omnipotente! Mientras tanto, el señor cura seguía predicando, y concluía su sermón recordando las palabras del Divino Maestro cuando dice: «Por esto que os digo, conocerán los hombres que sois mis discípulos. Si os amáis los unos á los otros.»

Habían pasado algunos días después de la conversión de Gustavo, y deseando éste antes de volver á París sacar algún cuadro de escenas campestres, empezó por retratar á una joven que, por la postura que tomó para servir de modelo, se conocía no era la primera vez que lo hacía.

— ¿Me parece que estáis acostumbrada á que os retraten? — le preguntó Gustavo.

— Sí, señor; muchas veces he servido de modelo al pobre Mr. Lebois para su cuadro de «La Magdalena.»

— Y ¿cómo está Mr. Lebois? — continuó Gustavo con indiferencia, mientras que con la rapidez posible sacaba el retrato de la joven.

— Muy malo, señor; se está muriendo, y su pobre mujer se morirá también pronto de pena y trabajos.

Gustavo le preguntó adónde vivía Lebois; y tan luego que concluyó su tarea, se encaminó hacia la morada del artista.

Llegado allí, no encontró un lujoso estudio como el suyo, ni reunión de amigos que lo amenizaran.

Una sola persona salió á recibirle, la esposa de Lebois, que, pálida y llorosa, abrió la puerta. Allí, en un miserable lecho, yacía un hombre devorado por la fiebre, y casi exámine á fuerza de trabajo y privaciones. La mujer descorrió la cortina de la ventana de lo que ella llamaba estudio de Lebois.

Penetrando entonces la luz en la habitación, pudo verse el cuadro del artista.

Gustavo se quedó atónito; no encontraba frases para expresar su admiración.

— ¡Sublime! ¡Soberbio! — exclamó al fin. — No es posible pintar mejor.

Pero al mismo tiempo, sus ojos se enmudecieron al pensar que semejante prodigio del arte iba á costar la vida á su pobre autor.

El asunto de la composición era el mismo que el de su cuadro; pero con una notable diferencia el uno del otro; éste estaba ejecutado por un artista que tenía fe, y demostraba la inspiración y sentimiento religioso que le dominaba. En primer término estaba representada la Magdalena separada á cierta distancia de la concurrencia. Su velo desprendido caía hacia atrás dejando al descubierto su hermoso cabello, con el que iba á enjugar los pies de su Divino Maestro... Su cabeza humildemente inclinada. Las manos respetuosamente entrelazadas sobre su seno, ya no era aquella arrogante figura en-

galanada y adornada con magníficas vestiduras y ricas joyas... Era una humilde pecadora arrepentida que, llena de fe y confianza, se acercaba llorosa á pedir perdón á su amantísimo Salvador.

— ¿Tiene usted algún otro cuadro de su esposo? — preguntó Gustavo. — Quisiera tener alguno hecho por él.

Presentándole la joven uno pequeño, lo pagó en el acto, dándole una cantidad considerable que asombró á la pobre mujer.

— Es preciso — continuó — que esta «Magdalena» sea presentada este año en la Exposición.

— ¡Ah, señor! — replicó la mujer. — Eso no podrá ser, por cuanto que no está concluida la obra.

— Dígame usted, señora; ¿cree usted que su esposo no se resentiría si yo (aunque sea un atrevimiento por mi parte) probase á concluirlo?

Habiendo obtenido su beneplácito, Gustavo trabajó tres días sin descansar, y con la mayor asiduidad, temiendo á cada momento estropearlo con su pincel. Tan luego como estuvo concluido, lo empaquetó y marchó con él precipitadamente en el primer tren que salía para París, por cuanto que era el último día en que se recibían las obras para la Exposición.

... ..

Han pasado ocho días, y Gustavo se presenta á su madre diciéndole:

— ¿Sabe usted, madre mía, que he tenido la desgracia de no ganar la medalla de oro en la Exposición?

Pero esto lo decía con un tono tan tranquilo y hasta satisfecho, que no correspondía á una persona que sentía ver defraudadas sus esperanzas.

— Este año, el primer premio — prosiguió — lo ha obtenido un desconocido... un tal Francisco Lebois de Dinán.

— ¡Ah, Gustavo, querido hijo mío! — exclamó su madre. — No llores desgracia á lo que considero mi mayor felicidad.

Era el caso que la madre de Gustavo había visto que su hijo ponía un Crucifijo sobre la mesita adonde tenía sus paletas y pinceles al lado del caballete. Además sucedió que el día antes, mientras Gustavo no estaba en casa, la esposa de Lebois fué á darle las gracias, y encontrándose con su madre, le refirió todo lo que saben ya nuestros lectores; también le dijo que su pobre marido, al volver de su letargo, creía que estaba soñando al no encontrar su cuadro, y saber estaba concluido y presentado en la Exposición, habiendo merecido la medalla de oro, que le traería renombre, fama y fortuna.

... ..

Años después, cuando el hermoso cuadro de «La Magdalena», de Dinán, volvió á poder del artista, éste lo envió á Gustavo en prueba de agradecimiento. ¿Cuál sería el asombro de éste al encontrar escrito debajo de la figura del Salvador, con letras casi imperceptibles, aquella sentencia del Señor que oyó en otra ocasión? «Por esto conoceréis si sois mis discípulos: si os amáis los unos á los otros.»

— ¡Pobre Lebois! — dijo Gustavo. — Tú no puedes haber leído en mi corazón; por lo que esas palabras las has escrito sólo por casualidad.

Cogiendo entonces el Crucifijo lo besó reverente, exclamando:

— ¡Vos solo, Dios mío, solo Vos sabéis lo que ha pasado en mi alma!

LA COMPAÑERA DE SANTA TERESA



UANDO la civilización de América se adelantaba rápidamente, arraigando en aquel suelo virgen, juntamente con la Cruz el cetro de nuestros reyes; cuando un infante de España ganaba victorias como la de Lepanto, que puso término al terror de la morisma, y nuestras armas triunfaban en Italia, no dejándole á Francisco I de Francia más que el honor; cuando la pérdida de una armada invencible, destrozada por los vientos, no lograba hacer mella en el pecho de nuestros mayores; cuando florecían los grandes ingenios que llenaron el siglo de oro de nuestra literatura y de las artes; cuando junto al monte llamado el Guadarrama la mano del artista levantaba ese otro monte intitulado el Escorial, octava maravilla del mundo; cuando los artistas de todos los reinos venían á buscar protección en España y los diplomáticos venían á pedir órdenes y consejos, y nuestros sabios eran recibidos con honor en las Universidades extranjeras, y la lengua castellana era la de la diplomacia, entonces España era también por excelencia el país de los santos.

Es un hecho singular, no exclusivo de nuestra historia, pero que en ninguna historia aparece tan claro y brillante como en la nuestra, que las épocas de muchos santos son las más ricas en hombres grandes de todo género, las más felices y gloriosas. En España los siglos de virtudes cristianas son también los siglos en que se robustece la monarquía, en que se recobra la independencia, en que brillan las artes, en que cada sol trae un nuevo elemento de prosperidad y una nueva gloria; y cuando las virtudes cristianas se abaten ó son perseguidas; cuando la vida monástica afloja en la observancia de sus reglas ó es perseguida, suceden luego los cataclismos del Guadalete, las miserias públicas y los pronunciamientos.

Quien conozca esa ley de nuestra historia y sepa cómo estaba España en tiempo de Felipe II, considerada política y literariamente, ya no podrá dudar de que hubo de haber en aquella época muchos y grandes santos.

Húbolos en efecto; los que canonizados por la Iglesia son venerados en los altares bastarían para honrar á un pueblo y á toda una generación. Pero estos santos, que han recibido ya los honores de la canonización, fueron como grandes soles que arrastraban en torno de sí, con la atracción de su virtud, una muchedumbre de astros de segundo orden al lado de los primeros, pero todos admirables y merecedores de alabanza.

¿Quién podría describir el cielo de virtudes que giraba al rededor de Santa Teresa de Jesús? Leyendo sus cartas, parece que uno se encuentra trasladado á otro mundo mejor, como viviendo en el Edén primitivo, si hubiese llegado á poblarse antes de la culpa de nuestros primeros padres. Según resultan pintadas por la santa Doctora, todas sus monjas son otras tantas Teresas de Jesús. ¡Qué abnegación y renuncia de todo! ¡Qué humildad y obediencia! ¡Qué rectitud de intención y conformidad con la voluntad divina! ¡Qué valor para sufrir y qué celo por la gloria de Dios! La misma santa las admiraba y en su humildad las tenía á todas por mejores que ella; mucho habían de parecersele.

Entre aquellas almas santas distinguíase una que por su talento, su humildad y su celo era especialmente digna de estar al lado de la fundadora. Como Teresa se llamaba de Jesús, para expresar muchas veces con la boca y con la pluma el amor que sentía siempre para con nuestro Santísimo Redentor, así la monja á la cual nos referimos se intituló también Ana de Jesús. Santa Teresa tenía en ella tanta confianza que decía: «Allí donde se encuentra la madre Ana de Jesús, mi presencia no es necesaria; ella establecerá esa casa con más perfección que no lo podría yo hacer.»

En cuyas palabras hay sin duda una muestra de la rara humildad de Santa Teresa; pero la venerable Ana demostró con las obras que no era infundada la confianza con que se la honraba.

Después de ayudar á la gran reformadora en España en muchas fundaciones, y de haber por sí sola fundado varios conventos con arreglo á las disposiciones de la obediencia, Ana de Jesús fué enviada á introducir la reforma en los Países-Bajos y en Francia. Mucho antes Dios había revelado á otra religiosa, también de gran virtud, sor Catalina de San Alberto, «que reservaba á la madre Ana de Jesús para muy grandes cosas, y que un número incalculable de almas la esperaban en diversos reinos, para convertirse por su mediación.»

¿Qué época aquella para España! La Universidad de Salamanca envía á Pedro Ciruelo á enseñar matemáticas en París, otros sabios españoles corrigen el decreto de Graciano, otros concluyen y perfeccionan el cómputo gregoriano, nuestros Prelados brillan en primera línea en el Concilio de Trento, y mientras dentro de la patria Pérez de Oliva, León, Avila, Granada, Ocampo, Mariana, Zurita y cien más recorren los mares de la literatura abriendo senderos nuevos, Toledo y Herrera, Murillo y Velázquez, etc., elevan la escultura y la pintura hasta causar envidia á Italia; San Ignacio y los primeros Generales de la Compañía, hacen admirar en Roma y en toda Europa el nombre español; San Francisco Javier lo lleva en las regiones de Oriente más allá de los límites adonde habían llegado la especulación interesada y la ambición de gloria, y una pobre mujer, la venerable Ana, lo hace honrar con su virtud en Francia y á la otra parte de Francia por los mismos que resistían al poder del duque de Alba! Hasta las mujeres ejercían el apostolado de la gloria, de la Religión y de la patria española.

Cual sería la conducta de esta hija de Teresa, lo demuestran los elogios que en vida y después de muerta le tributaron las autoridades públicas, los Prelados, los hombres más doctos, los religiosos de mayor perfección y el pueblo cristiano de todos los puntos que hubo de recorrer.

«Sabed, Padre mío, que esta carmelita es más que un serafín», decía la emperatriz de Austria á su confesor. — «Por los dones sobrenaturales, Ana de Jesús no la es inferior á santa Teresa; por las cualidades es superior á ella», decía el P. M. Domingo Báñez. — El Nuncio de España llamaba á Ana de Jesús «la mujer única de su tiempo.»

Dios la probó como á Santa Teresa con grandes trabajos y con extraordinarios favores, y ella correspondió recibiendo aquéllos con resignación y éstos con humildad inalterables.

Por esto, apenas hubo espirado, se trató de su canonización solemne; pero el proceso quedó en suspenso por uno de esos designios secretos de Dios, siempre misericordiosos é inescrutables.

Recientemente los carmelitas de Bruselas se propusieron glorificar á la venerable Ana de Jesús, española, que miran como su fundadora inmediata, acudiendo á la Santa Sede para que, si lo considera justo, permita que se la dé culto público, y han pedido á los españoles, tan interesados ó más que los belgas en este asunto, que apoyen sus peticiones.

Con tal objeto han dirigido las suyas á Roma varios de nuestros ilustres Prelados, si no es que lo han practicado ya todos.

En ocasiones parecidas acudían en otro tiempo á suplicar á Su Santidad las Universidades, pero no hay que contar con ellas en las circunstancias presentes.

Los carmelitas de Bruselas han hecho más; han formado una tabla cronológica de los principales testimonios tributados á las virtudes heroicas y á la fama de santidad de la venerable madre Ana de Jesús, compañera de Santa Teresa y coadjutora suya en la obra de la reforma del Carmelo, y de las diligencias practicadas para obtener su beatificación, y han hecho de la tabla una edición en español para que circule entre nosotros y anime á los españoles á acudir á Dios y á su Vicario para que concedan el culto público á nuestra gloriosa patrona.

La lectura de la tabla que recomendamos á cuantos tengan algún amor á la religión y á España, produce dos efectos en el ánimo del lector; le hace alegrar más y más de ser católico, y le hace enorgullecer noblemente de ser español, engendrándole á la vez sentimientos de virtud y de patriotismo.

Vamos á poner fin á este artículo con la siguiente observación:

Cuando España está tocando los últimos límites del abatimiento y de la miseria; cuando la ciencia se contenta con traducir libros extranjeros y la literatura se echa por debajo las puertas de las carboneras; cuando somos el ludibrio de Europa y de América por nuestra política y el desorden que reina en todas las cosas... todavía España es honrada por la virtud de sus hijos de otro tiempo. Los Obispos, los religiosos, las corporaciones cristianas, el pueblo católico de Bélgica y de Francia tratan actualmente de España, se ocupan en las cosas de España, y envidian á España por la santidad de una pobre monja española, de la venerable Ana de Jesús.

LA LEYENDA DE SAN BRANDÁN

I

IRLANDA, en la Edad Media, no sólo es tierra de santos, sino también país de navegantes. Altivos y enérgicos, orgullosos de su independencia, los irlandeses demuestran haber heredado las cualidades de sus antepasados los fenicios. Como éstos, aman la actividad y los viajes. El mar, que por todas partes les rodea, parece atraerles, hablando á su imaginación con sus cambios de color, sus móviles horizontes y los maravillosos fenómenos de que es teatro. Así no temen afrontar sus peligros en barcas de cuero groseramente cosidas, que semejan las de los modernos esquimales, y que llamaron la atención de Aveno y de los marinos que le acompañaban.

Pero cuando la isla se hace cristiana es cuando más sienten los irlandeses la imperiosa necesidad de extender por apartados países la ciencia y la fe cristiana. Excitados por la lectura de los libros religiosos y de las obras científicas entonces conocidas, los santos irlandeses buscan mundos desconocidos que convertir.

Mientras Colombano y sus discípulos recorren, con la cruz en la mano, la Europa bárbara, y Patrio y sus compañeros visitan el Mediterráneo, otros monjes, sus compatriotas, se lanzan al Océano, y alcanzan la gloria de descubrir pueblos nuevos y la satisfacción de hacerlos cristianos. Las regiones del Norte, casi desconocidas á la sazón, merecen su preferencia. En estos mares tempestuosos, envueltos en densas brumas, donde se puede creer que

más allá de los países habitados por el hombre se extienden tierras misteriosas; á través de estos archipiélagos sembrados entre las olas, semejantes á los restos de un continente sepultado en los abismos, se aventuran gozosos los santos de la verde Erin. Sus viajes son con frecuencia venturosos. Encuentran y colonizan las islas Feroë, descubren la Islandia mucho tiempo antes que los noruegos y acaso llegan á América, porque los *sagas* del Norte hablan vagamente de un país situado al Sudoeste de Vinland (Estado de New York), que se denominaba *Hvitramannaland*, ó tierra de los hombres blancos, y la *Irlanda it Mikla*, ó pequeña Irlanda, que correspondería á los actuales Estados de Virginia y Florida.

Aunque algunos sabios lingüistas hayan hecho constar la singular semejanza que existe entre el idioma irlandés y el dialecto algonquín, y por más que los irlandeses de América hayan conservado escrupulosamente el recuerdo de su patria, sólo se tiene noticia de estos viajes por la tradición, y el monje irlandés Dicuil, primer geógrafo que ha hecho la descripción científica de los mares y las regiones septentrionales, nada dice de ellos. Pero sin necesidad de atribuir á los irlandeses la gloria de haber descubierto el nuevo continente, la fama les ha distinguido siempre entre los más intrépidos navegantes de estos siglos de ignorancia y de movimiento.

II

Uno de estos monjes misioneros, San Brandán, se ha hecho célebre en la memoria de los pueblos. Su leyenda, durante la Edad Media, se extiende, no sólo en Irlanda, sino en toda Europa, llamando la atención pública hacia los mares occidentales, donde algunos sabios de aquellos tiempos habían tenido á bien colocar el Paraíso terrestre. La maravillosa Odisea de este Ulises cristiano, que durante muchos años vaga á través del Atlántico, y descubre, no sin peligro, islas y continentes; los prodigiosos sucesos, los absurdos mismos de sus aventuras, han sido el encanto de muchas generaciones. Irlandeses, galos, normandos, ingleses, españoles y alemanes los han hecho asunto de sus narraciones. Se han traducido á todos los idiomas, llegando acaso hasta el Oriente.

Brandán era irlandés, si bien se ignora el lugar de su nacimiento. Nació en 480, según los que han escrito sobre su vida, y desde sus primeros años fué conducido á la abadía de Cluainschreduil, cerca del monte Luachra.

Esta abadía estaba bajo la dirección de una santa mujer llamada Ita, la cual cobró grande afición al niño, é hizo darle una excelente instrucción. En medio de este lugar místico, rodeado de mujeres que llevaban hasta la pasión el fervor religioso, Brandán vino á ser el hijo del milagro: gozaba del don profético, y de muy lejos acudían á consultar el oráculo de su sabiduría infantil. Llegado á la pubertad, tomó las órdenes sagradas, y como pertenecía á una familia poderosa, muy pronto fué nombrado abad. Sus servicios á la Iglesia y su fama de santidad le proporcionaron la satisfacción de que sacerdotes romanos acudiesen á consultarle sobre casos de conciencia. No satisfecho con administrar sólo los asuntos espirituales de Irlanda, y habiendo leído varias obras de viajes, concibió el proyecto de visitar las islas del Atlántico. Uno de sus monjes, que había hecho ya este viaje, excitó su entusiasmo pintándole las maravillas de la isla Ima, descubierta por su nieto Mernoc, y colonizada por éste y sus compañeros. Brandán se decidió á partir en dirección á Ima, y habiendo comunicado su proyecto á los monjes, un centenar de éstos resolvió acompañarle, embarcándose con él.

Esta primera expedición fué poco afortunada. La tempestad, el hambre y, sobre todo, la inexperiencia de los tripulantes, comprometieron diferentes veces la expedición, obligando á los viajeros á regresar á Irlanda sin haber encontrado la isla que buscaban.

Pero este fracaso, lejos de desanimar á Brandán, aumentó sus aficiones aventureras. Muy pronto preparó un nuevo viaje, haciéndose acompañar de catorce monjes únicamente, entre los que se contaba el futuro San Maló.

Después de un ayuno de cuarenta días, los piosos navegantes se embarcaron llenos de esperanzas, arribando á la isla Alenda, situada, sin duda, en la costa occidental, y donde construyeron una barca de cuero, en la cual cargaron los víveres é instrumentos necesarios para una larga navegación.

Aquí comienza la leyenda. Procuraremos reproducirla, descartando de ella todo lo que no tenga carácter auténtico, ó por lo menos verosímil.

Durante doce días sopla el viento del Este, y lle-

gan á una gran isla deshabitada, donde, sin embargo, «encuentran la mesa puesta», según la expresión de Jubinal. Era que el demonio los tentaba. Uno de los monjes comió de los frutos exquisito que se le ofrecían, y la muerte castigó su debilidad. Horrorizados por este accidente, los compañeros de Brandán se hicieron de nuevo á la mar y llegaron á una nueva isla, donde pacían ovejas tan grandes como bueyes. Pero esta vez un hombre les trae de comer y se hace bendecir por ellos cuando parten. Después de algunos días de navegación descubren un islote solitario que les parece á propósito para tomar algún reposo. El santo Abad prefiere permanecer en el buque. Mas apenas los monjes encienden fuego en la pretendida isla, empieza ésta á moverse, y muy pronto desaparece en el fondo del Océano. Era un pez monstruoso, acaso una ballena, que los monjes tomaron por una roca solitaria. Un caso parecido ocurrió en 1520, si hemos de dar crédito á la carta dirigida por Eric Falkendorf, Obispo de Nidros, al Papa León X. Quiriendo celebrar la Misa fuera del buque, desembarcó en un islote, el cual se hundió después de concluido el Santo Sacrificio.

Algunos días después de este curioso incidente, los monjes arribaron á una isla cubierta de verdor y regada por frescos arroyos. Los árboles y las rocas se hallaban poblados de pájaros que, sin temor, iban á posarse familiarmente en los hombros de los recién llegados. San Brandán, como más tarde hizo San Francisco de Asís con las golondrinas, entabla conversación con ellos, y los pájaros le dicen que debía navegar seis años más y volver seis veces á la misma isla á celebrar la fiesta de Pascua. El santo Abad hizo cantar un *Te Deum*, en el cual le acompañaron las aves, disfrutando los monjes un delicioso descanso de cincuenta días en medio de la abundancia, por lo que dieron á esta isla el nombre de *Paradissus avium*.

Debemos citar á este propósito que los viajeros que, en época relativamente moderna, visitaron las Azores, se sorprendieron del gran número de aves que poblaban este archipiélago y de su familiaridad, tomando origen el nombre de estas islas de la palabra portuguesa *acor*, que significa *milano*. Fructuoso, en su *Crónica*, se entusiasma hablando de las melodías deliciosas que sin cesar se escuchaban en los bosques de San Miguel, y cuenta que había asistido á un concierto en el que los cantores eran canarios, mirlos, etc.; por todo lo cual pudiera suponerse que el *Paradissus avium* era una de las Azores.

Abandonan los viajeros este lugar de delicias y continúan su expedición. Llegan á una isla inmensa, tal vez un continente, y son recibidos por un anciano silencioso que los conduce á un monasterio, donde 24 monjes observaban, desde hacía mucho tiempo, la regla del más absoluto silencio. Estos monjes no tenían ninguna necesidad corporal. No tenían tampoco nada que hacer, porque las lámparas de la iglesia se encendían solas; así que podían dedicarse constantemente al rezo y la meditación. Bien hubiera querido Brandán prolongar su permanencia en esta isla maravillosa; pero se aproximaba la Pascua y era preciso volver á *Paradissus avium*.

Cinco años duran estas extrañas expediciones, y cada año, hacia la misma época, una fuerza desconocida los conduce á *Paradissus avium* en medio de las más extraordinarias aventuras. Ya el pájaro *grifa*, ave que con su poderoso pico suspende los barcos y los estrella sobre las rocas, se lanza hacia nuestros navegantes y va á dar fin de ellos cuando es muerto por otro pájaro aun más temible. Ya un cetáceo descomunal se dispone á devorarlos, y los salva la mediación de un monstruo marino, más gigantesco aun, que derrota y hace huir al primero.

Hoy llegan á una isla donde no pueden desembarcar, pero cuya población les obsequia con sus cánticos; mañana tocan en un país embalsamado, cuyas emanaciones suaves reaniman sus fuerzas. El mar fosforescente los deslumbra; un volcán vomita á lo lejos su lava, hace hervir las ondas y satura la atmósfera de vapores sulfurosos. Descubren islas que retiemblan bajo el martillo de los cíclopes. Judas Iscariote se les aparece y les cuenta sus sufrimientos. Por último, los diablos les someten á mil pruebas, y después de atravesar entre negras y espesas brumas, consiguen arribar á una tierra desconocida, á la que dan el nombre de *Terra repromissionis*.

Este nuevo inmenso continente encierra los productos más variados. La atmósfera es brillante; eterna en él la luz del sol. Por espacio de cuarenta días los monjes intentan dar la vuelta á lo que han tomado por una isla; pero llegan á la embocadura de un gran río, cuya presencia les prueba, como más tarde el Orinoco á Colón, que se encuentran en un continente. Entonces se les aparece un ángel, y

les ordena que vuelvan á Irlanda llevando consigo frutos y piedras preciosas de esta *Terra repromissionis*, residencia futura de los santos cuando Dios haya convertido al mundo. Los monjes obedecen, y después de celebrar una vez más la Pascua en *Paradisus avium*, vuelven á su país, donde á poco de haber llegado muere Brandán, el 16 de Mayo de 578, á la edad de noventa y ocho años y en todo el esplendor de su santidad. Una aparición anuncia á Colombano la muerte del santo.

Tal es la leyenda. No en todas partes se cuenta del mismo modo; pero las diferencias son de escasa importancia. Lo que más sorprende en ella es su analogía con las tradiciones orientales. Sería curioso saber si esta historia ha pasado de Irlanda á la Arabia, ó si ambos pueblos la hallaron juntos. El geógrafo Edrisi nombra también, como el autor anónimo de la isla de Brandán, la *Isla de las Ovejas* y el *Paraiso de los Pájaros*. En las *Mil y una noches*, el famoso Simbad el Marino hace igualmente siete viajes, y arriba á la isla de El Ghanam, donde encuentra ovejas colosales. En El Thogono, las aves le ofrecen maravillosos conciertos. La isla de la Eterna Felicidad recuerda la *Terra repromissionis*. El pájaro *Rock* se asemeja al grifa de San Brandán, y la aventura de la ballena parece traducida de la leyenda cristiana.

III

La leyenda de Brandán ha penetrado tal vez hasta el Oriente; pero esta Odisea monacal se ha extendido tanto en la Edad Media, porque existe en ella un fondo de verdad. ¿Hubieran agradado á los griegos, y nos agradarían á nosotros todavía, las aventuras de Ulises si esos héroes de perseverancia y de astucia no hubiesen existido? Ciertamente que las aventuras del santo monje no son siempre verosímiles; pero si se descartase de las leyendas todo lo que no es creíble, habría que reducir á la nada la *Odisea* y todas las demás epopeyas. Por otra parte, estas islas y este gran continente en donde desembarcan Brandán y sus compañeros, acaso ocultan, bajo el velo de la alegoría, descubrimientos reales y positivos.

Brandán y sus compañeros se dirigen siempre al Oeste, esto es, hacia América, y vagan en medio de archipiélagos que, sin trabajo, se comprende son las Azores, las Canarias, la isla de la Madera, y algunos otros grupos de islas ó islotes sembrados entre los dos continentes. Sin exigir en la determinación de las tierras visitadas por los monjes irlandeses una precisión imposible de obtener, es muy verosímil que el *Paradisus avium* corresponde á las Azores. La isla de Tenerife en las Canarias encierra un antiguo volcán que, sin duda, debía estar en erupción cuando los monjes irlandeses contemplaban con horror los arroyos de fuego que coronaban su cima. Por último, la *Terra repromissionis* más apartada, y surcada de grandes ríos, y á la que en vano intentaron dar la vuelta, es tal vez una parte del continente americano.

Pero no es sólo la leyenda lo que ha perpetuado el recuerdo de San Brandán. Su huella se encuentra constantemente en la geografía de la Edad Media, y aun en la contemporánea. Vincent de Beauvais es casi el único escritor serio del siglo XIII que ha protestado contra la realidad de los descubrimientos de Brandán. Sus contemporáneos, por el contrario, los han aceptado sin discutir su autenticidad. Y sin embargo, todas las cartas y noticias geográficas del mismo tiempo, hacen mención de la isla descubierta por el santo irlandés. En un manuscrito del siglo X, que se conserva en la Biblioteca de Turín, se marcan en el Océano las islas todavía anónimas, pero que en breve son designadas con el nombre del santo que pasa por su descubridor.

No citaremos la multitud de mapas, cartas y documentos geográficos en que se hace constar la existencia de la isla llamada de San Brandán, por-

que el espacio de que disponemos no nos lo permite; sin embargo, haremos notar que aun en el siglo XIX esta isla existe todavía, si bien se le hace viajar llevándola á veces hasta el mar de las Indias, y tan pronto al Norte como al Sur ó al Este de las Mascariñas.

Una singular y constante ilusión geográfica ha contribuido á dar crédito á la existencia de esta isla errante. Los habitantes de la isla de la Madera han creído ver en diferentes ocasiones dibujarse en el horizonte el contorno de esta isla misteriosa. Embarcábanse inmediatamente é intentaban abordarla; pero cuando empezaban á distinguir las sinuosidades de la costa y los accidentes del terreno, la isla desaparecía entre las olas y las brumas del mar. De tal modo llegó á excitarse la curiosidad hacia esta isla imaginaria, y tanto se creyó en la realidad de su existencia, que en 1487 se firmó un tratado entre la corona de Portugal y el tercerano Fernando de Olma, que se proponía conquistarla á sus expensas.

Después de Cristóbal Colón se la buscaba todavía, y los portugueses creyeron haberla encontrado cuando llegaron á América. En 1517, al renunciar Manuel de Portugal sus pretensiones á las Canarias, fué comprendida en su renuncia la isla imaginaria. En 1526 sale una expedición de Canarias en su busca, al mando de Fernando de Troya y Fernando Alvarez, sin obtener mejor resultado que las precedentes. En 1570, un sujeto llamado Pedro Vello asegura haber desembarcado en dicha isla, notando en ella huella de pasos humanos dobles de los ordinarios. No obstante lo inverosímil de estas noticias, un tal Villalobos intenta otra expedición con no mejor fortuna que las anteriores. En 1604 parten Lorenzo, Pinedo y Pérez de Acosta, y en 1721 don Juan Mur, gobernador del Archipiélago, confía á Garpar Domínguez un buque, que sale de Santa Cruz, y emplea muchos meses en infructuosas exploraciones por el Océano. La isla estaba siempre á la vista, pero nadie podía vanagloriarse de haber desembarcado en ella.

Si la tradición era falsa, por lo menos fué también persistente. Unos pretendían que esta isla servía de asilo al Rey D. Rodrigo, vencido en Guadalete; otros, que al infante portugués D. Sebastián, víctima de la jornada de Alcazarquivir, y algunos, que era el Paraíso terrestre donde Elías y Enoch esperaban el Juicio final. Acaso en todo esto no ha habido más que un fenómeno físico, semejante á la *fata morgana* del estrecho de Messina, y esta explicación es tanto más admisible, cuanto que se presenta esta isla fantástica, prolongada de Norte á Sur con dos cimas desiguales separadas por una depresión del terreno que parece cubierto de árboles, todo lo cual recuerda la isla de la Palma, cuando se le observa de lejos, viniendo de Tenerife y la Gomera.

Sin recordar ahora que desde lo alto del Taygete se descubren las erupciones del Etna, y que con buen tiempo se ve la Córcega desde Niza, y aun sin ocuparnos de las curiosas observaciones de Biot en su Memoria sobre las *refracciones extraordinarias*, nos limitaremos á hacer constar que desde el Cabo Bojador, sobre todo durante las erupciones, y merced al reflejo de las nubes, se distingue á Tenerife. No es, por lo tanto, imposible que por medio de la refracción se distinga desde Canarias á Palma y á cualquier otra isla del archipiélago.

Así, pues, la isla de San Brandán, tal como ha sido descrita en la Edad Media, no es más que una ilusión geográfica; pero á través de las ficciones de la época no es imposible percibir algunos rasgos informes de una realidad confusa.

Los irlandeses en sus atrevidas expediciones descubrieron tal vez, lejos, muy lejos, alguna tierra desconocida que no colonizaron como otras, pero esta circunstancia no basta para poner en duda el descubrimiento. Su actividad les impulsó después hacia otra parte, y además se vieron obligados á rechazar una invasión extranjera. Desde este momento sus expediciones cesaron, conservándose sólo el re-

cuerdo de ellas, y es muy probable que cuando Colón prepara su viaje inmortal, piensa más de una vez en las aventuras maravillosas de Brandán y sus compañeros.

P. G.

MISCELÁNEA

Nuestro docto y celosísimo Prelado ha publicado una Carta-Pastoral «sobre la angustiosa y difícil situación en que se ha colocado al Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra, Pastor y Maestro universal de la comunión católica, y de la grave y perentoria necesidad que de tal situación resulta, no sólo para la Iglesia Romana nuestra Madre, sino para la universal de todo el orbe.»

Después de exponer con gran erudición y sobriedad de estilo los beneficios del Pontificado, entra á referir los recursos con que antes contaban los Papas, los cuales han desaparecido por efecto de la usurpación de sus Estados y del cautiverio en que hoy viven los Romanos Pontífices, y luego añade:

«En medio de tanto abandono, afligido el Romano Pontífice por tan grave necesidad, que es la de todo el mundo, se contenta y no se atreve á más que á recomendar que se promuevan las limosnas á la Iglesia de Roma, Cabeza y Madre de todas las demás, la cual, á su vez, ha de remediar las necesidades de todas. Limosna pide, pues, el que, si padece necesidad, es por nosotros; limosna pide nuestro Padre para alimentarnos con el pan de vida, que es la divina palabra y la gracia de Dios; limosna pide el gran Sacerdote que intercede por todos, y de quien los demás Sacerdotes reciben la potestad para ofrecer sus sacrificios: limosna, pide, en fin, el que hace las veces de Rey y Señor de todo lo criado.

En esta demanda se manifiesta bien cuánto vale el hombre, y qué poca cosa son en su comparación los intereses materiales según el Cristianismo. El dinero en éste es solamente un recurso para hacer el bien espiritual del hombre y de la sociedad. En la Iglesia no se adora al becerro de oro, sino que el oro se ofrece al culto del Señor y se destina al provecho de las almas. No lo pide el Papa para ser rico, sino para enriquecernos de virtudes; no para satisfacer una codicia que está muy lejos de abrigar, sino para saciar su ansia de hacernos virtuosos, para ejercer con la majestad que requieren el honor de Dios y nuestra fe las funciones de su dignidad augusta; para cubrir las múltiples é importantísimas atenciones que llevan consigo la conservación y el aumento de la Religión y el gobierno de la Iglesia, y á la vez, para dar constante ejemplo de caridad, porque el que la predica puesto en lugar del Dios de amor, no puede menos de practicarla. ¿Cuántos esfuerzos no está haciendo el magnánimo León XIII, por no poder ser extraño á ninguna de las calamidades que afligen al mundo! ¿No lo vimos acudir solícito con un gran donativo para socorrer entre nosotros las necesidades que produjeran las tormentas de Orihuela y Murcia? ¿No lo hemos visto recientemente enviar considerables sumas con motivo de las desgracias ocurridas por los terremotos?

Bajo cualquier punto que se considere esta limosna es un manantial inagotable de virtud. Ella es una obligación de piedad filial y de caridad emitente, y con ser tan extraordinario su mérito, en la forma que se propone está al alcance de todos, del pobre y del rico, del seglar y del Sacerdote, del noble y del plebeyo. Es una demostración universal de Religión y de generosidad cristiana dispuesta de una manera admirable y encantadora bajo todos conceptos, y grata á todo corazón sano hasta el entusiasmo.»

El Rmo. Prelado acaba su exhortación pastoral

ANUNCIOS.

Está terminándose la impresión del *Almanaque del Asilo* para el año de 1886. El de este año se publica con grabados, que han de interesar vivamente al público.

Se reciben los pedidos en la Administración de esta Revista, Plaza de Isabel II, núm. 3.

Su precio, una peseta. Para provincias, una peseta 25 céntimos, franco de porte.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el lunes 2 de Noviembre próximo, de diez de la mañana á tres de la tarde, se pagarán por este Banco los intereses, que vencerán

en 1.º del citado mes, correspondientes á los Títulos de Deuda amortizable del Tesoro de la Isla de Cuba, con interés de 3 % y 1 % de amortización, constituidos en depósito en las Cajas de este establecimiento.

Madrid 30 de Octubre de 1885.—El Secretario general, *Fuán de Morales y Serrano*.

Debiendo verificarse la corta de los cupones que vencen en 1.º de Enero próximo, correspondientes á los valores depositados en la Caja de efectos de este Banco, se avisa á los interesados:

1.º Que hasta el 16 del actual, y previo pe-

dido, podrán recoger los cupones en rama correspondientes á los citados valores.

2.º Que los que deseen conservar dichos cupones sin cortar, deberán manifestarlo por escrito al Banco, antes del citado día, mencionando el número del depósito, clase de valores y su importe.

3.º Que no se admitirán depósitos de efectos que contengan el cupón de 1.º Enero inmediato: Desde el 1.º de Diciembre los de 4 o/o perpetuo. Desde el 10 de id. los de 4 o/o amortizable. Desde el 15 de id. los de otros valores.

Madrid 2 de Noviembre de 1885.—El Vice-secretario, *Vicente Santamaría de Paredes*.

abriendo suscripción permanente en todas las parroquias de su diócesis para el Dinero de San Pedro.

Nuestros lectores habrán oído hablar estos días de un suceso, al parecer milagroso, ocurrido en un convento de Valencia. He aquí la noticia más circunstanciada que se ha publicado, debida al ilustrado corresponsal que tiene en aquella capital el diario *La Fe*.

«El Convento es el de la Encarnación.

La monja favorecida se llama Sor Vicenta Bonet, es natural de Albalat de Taronchers, cuenta 67 años de edad y hacía 32 que estaba parálitica é imposibilitada de dar por su pie un paso. En silla de ruedas tenían que llevarla al comulgatorio, y el día de Santa Teresa de Jesús, ni aun de esta manera pudo acudir al coro. Terminada la misa mayor, mientras la comunidad rezaba la salve, la monja parálitica se presentó en el coro de repente, sin ayuda de muletas, silla de ruedas, ni de nadie. Alborotáronse las monjas de asombro, y Sor Vicenta Bonet contó á sus hermanas, que repentinamente había recobrado la salud por la intercesión de la beata Inés de Beniganim. Como dije también en mi anterior, la autoridad eclesiástica entiende en el asunto. El provisor del arzobispado, D. Francisco Bañuelos y dos canónigos de esta metropolitana, nombrados al efecto por su Eminentísima, se trasladaron al convento de la Encarnación é incoaron el oportuno expediente, en el cual han declarado ya los médicos D. Juan García de la Encina y don Salvador López. La prensa impía y callejera de esta ciudad se anticipa al juicio de la Iglesia, burlándose del hecho, por nadie hasta la fecha desmentido ni negado.»

Del mismo periódico es un comunicado suscrito por el Sr. Gon Solá, sacerdote de Gerona, relativo á la mención de la *Phylloxera vastatrix* en la Biblia. He aquí lo más sustancial del artículo, que es curioso:

«Estaba no ha muchos días leyendo el cap. XXVIII del Deuteronomio, y después de admirar la precisión con que se anuncian desde el vers. 16 las terribles pruebas por que pasaron los hijos de los deicidas durante el sitio de la ciudad que un día fuera Santa; después de leer asombrado la predicción de la peste en el 21, de la tisis en el 22, y de la escasez de lluvias en el 23, llegué, de sorpresa en sorpresa, al 39, donde se lee lo siguiente, según la Vulgata:

Vineam plantabis et fodies; et vinum non bibes, nec colliges ex ea quidpiam: quoniam vastabitur vermicibus.» cuya traducción literal es:

Vina plantarás y cavarás; y vino no beberás, ni recogerás de ella cosa alguna: porque será devastada por los gusanos.

No dejó de llamarme la atención el verbo *vastabitur*, y desde luego me trajo á la memoria la *phylloxera vastatrix* de los naturalistas. Mas no contento con esto, creí del caso leer el mismo versículo en la Biblia hebrea, y he aquí la traducción literal del mismo, á lo que yo comprendo, si bien confieso por de pronto que no son muchos los conocimientos que tengo de la lengua santa:

Vinas plantarás y cultivarás, y vino no beberás ni recogerás, porque lo consumirá el THOLAJJATT.

Ya ve el lector que, si bien con ligeras variantes, coinciden ambas traducciones, hasta en cuanto á la palabra que he dejado en hebreo, la cual, en su significación genérica, es gusano.

Ahora bien: ¿qué gusano ó animalillo subterráneo es ese? ¿Cuál es el sentido particular, genuino, gramatical ó etimológico del sustantivo THOLAJJATT? Derivado del verbo *yalajj*, que significa *lamer, despojar algo de su materia líquida, chupar*; llevando por otra parte aumento prostético de la forma *hiphil*, ó sea *impulsiva ó causativa*, es obvio á cualquiera: 1.º, que *tholajjatt* significa en particular *gusanillo*, con la idea accesoria de *lamer, de desecar*; y 2.º, que esta idea accesoria dista mucho de ser pasiva, siendo, por el contrario, esencialmente activa, pues así lo exige la forma verbal de que tal nombre está revestido. Tenemos, pues, que *tholajjatt* es lo mismo que *gusano, animalillo que lame, que extrae la humedad de algo*.

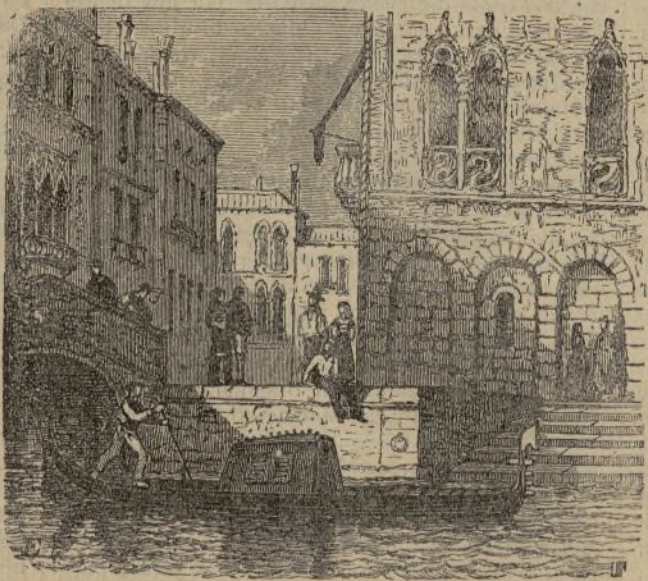
Vamos ahora á examinar la palabra griega con que se designa el terrible enemigo de las vides. Está compuesta de dos elementos, uno de los cuales no tiene correspondencia en el nombre hebreo; mas para el caso no es necesario: basta que la tenga el segundo. *Phyllon*, *hoja*, y el adjetivo *xirós, seco*, han sido los componentes de *phylloxera*, palabra que, al parecer, debería significar más bien el efecto que la

causa, es decir, *hoja seca*, en lugar de aplicarse al agente, ó sea al insecto devastador *vastatrix*, que hace secar las hojas. Ello es que se han invertido los elementos para el significado, y es regla que cuando el elemento verbal precede al nominal, pueda aquél tener significado activo; así que *phylloxera* es lo mismo que *asecaora de hojas*. Pero, ¿qué tiene que ver el hebreo con el griego? Mucho á mi ver, pues la causa de que se sequen las hojas de la vid, es, claro está, la persistente extracción de la humedad,



LA HUÉRFANA MENDIGANDO LA CARIDAD.

del jugo vital de la planta por la acción tenaz y multiplicada de millones de insectos que lamen la raíz, y en la raíz ejerce su terrible cometido la filoxera. De suerte que lo mismo da que el gusanillo extraiga el jugo de la vid, que el que desee las hojas, pues lo último es forzosa consecuencia inmediata de lo primero. En último caso, lo mismo es *chupar, sorber, que secar: yalajj* (sentido propio) que *xiraino*, derivado de *xirós*. Luego lo mismo será virtualmente *phylloxera* que *tholajjatt*; siendo la única diferencia entre las dos palabras la ausencia



UN CANAL DE VENECIA EN LA EDAD MEDIA.

del elemento *phyllon*. Pero ya los mismos naturalistas nos advierten que el tal elemento es de poca importancia, por el mero hecho de denominar por medio de *hoja* un sér que ataca la raíz.

Tal vez el hebreo *ijalé, hoja*, podría sacarnos de apuros; pero, repito, no es necesario, pues para admirar la profecía basta fijarnos en los elementos verbales.

Vengan ahora los descreídos, y nieguen que tantas plagas, en particular la que ha sido objeto de este artículo, no son enviadas por Dios para castigarnos.»

Un inglés ha tenido la paciencia de contar las letras de que se compone la Biblia en su idioma. Son 3,566,840.

Estas letras forman 773,662 palabras, y 31,173 versículos.

Entre ellas el nombre de Jehová está repetido 6,756 veces, y la conjunción y 46,227.

Otro periódico de Londres calcula, no sabemos con qué datos, que el número de pasajeros transportados por todos los ferrocarriles del mundo, en 1882, fué de 2,400 millones, ó sea un término medio de seis millones y medio por día.

Falta aquí consignar el número de los siniestros.

CORREO

Decíamos en el número anterior:

«Desde que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA pertenece al Asilo, y el producto de sus suscripciones representa un auxilio para los pobres huérfanos, hemos recibido y continuamos recibiendo cartas de personas caritativas que, interesándose vivamente en nuestra obra, ajena por completo á toda mira terrena, nos alientan á llevarla á cabo sin desalentarnos por los obstáculos inevitables en una empresa de esta clase, nos ayudan con algún socorro extraordinario, y nos edifican con la expresión de sus sentimientos caritativos y generosos.

«Para que este buen ejemplo cunda y la edificación que nosotros sentimos se propague, hemos pensado en publicar algunas, retirando los nombres y dejando sólo las iniciales, porque la caridad es humilde y podríamos ajar con el aire de la publicidad los pétalos tiernos y delicados de estas suavísimas flores de la caridad, que sólo se abren al calor de la fe en las profundidades del corazón cristiano.

«Con este objeto, y bajo el epígrafe que encabeza estas líneas, abrimos una corta sección en la Revista, que contendrá las cartas ó párrafos de cartas que nos dirigen algunas personas interesándose en nuestra obra y animándonos con palabras y con socorros á proseguirla sin desaliento. Dios se lo pague.»

He aquí algunas de estas cartas:

Barcelona, 27 Octubre de 1883.

Señora Presidenta del Asilo:

Muy señora mía: Juzgo excelente el pensamiento de esa caritativa Asociación de sostener una publicación católica para provecho de los huérfanos y de familias cristianas. ¡Dios quiera que salgan ustedes adelante en la feliz empresa! Por mi parte, aunque vivo de mi modesto trabajo, al enviar á ustedes mi renovación por un año á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, envío el doble del importe, es decir, 30 pesetas, porque comprendo que el precio es baratísimo y el beneficio inmenso.

Soy de usted con el mayor respeto S. S.—
A. F. G.

He aquí otra carta no menos edificante:

Málaga y Octubre 30.

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA:

Muy señor mío y de mi consideración: He recibido un prospecto de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, en que la Asociación del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús anuncia haberse encargado de esta empresa para sostenerla y difundirla en beneficio de los huérfanos.

Por mi parte, no sólo me suscribo gustosísimo, sino que envío á usted el importe de tres suscripciones; una para mí, otra para el Casino de..., y otra para mi sobrina la señora de..., que tiene muchos hijos que educar y escasos recursos para proporcionarse buenos maestros. No será esto lo único que haga por esa empresa piadosa y caritativa.

Cuente usted con el afecto de este adicto y suscriptor indefinido — M. R. S.



Encomendamos á las oraciones de nuestros lectores el alma de la virtuosa Sra. Doña Isabel Asensio y Alfaro, esposa de D. Joaquín de Lezcano, propietario de la nueva Librería Católica de San José establecida en esta Corte. — R. I. P.